

Dos siglos de reflexiones sudamericanas sobre la brecha América Latina-Estados Unidos

Por Tulio Halperin Donghi

A Enrique Krauze y a mí nos corresponde en esta conferencia aportar la contribución que se espera de quienes encaran los temas y problemas abordados por las ciencias sociales desde el ángulo que es propio de la historia. Hablando sólo por mí, cuando tras de haber desempeñado ese papel a lo largo de demasiadas décadas (baste señalar al respecto que cuando comencé a hacerlo aún hacía furor el “manifiesto no-comunista” que W.W. Rostow tituló *Las etapas del desarrollo económico*¹) vuelvo a descubrir la hondura del abismo que separa a la historia de disciplinas más jóvenes en más de dos milenios. Por ello, me aferro a la esperanza de que en ocasiones como ésta no se exija de los historiadores que intentemos la imposible hazaña de vadearlo, sino tan sólo que con nuestra presencia recordemos a los cultores de esas ciencias nacidas ayer que es posible encarar de otra manera problemas como el que aquí nos convoca.

Pero apenas surge de las ciencias sociales la pregunta –que no podría ser más razonable- acerca de cuál es precisamente esa manera, ella suele suscitar de parte de los historiadores tan sólo una algarabía de respuestas discordantes. Hace más de tres cuartos de siglo, hablando desde la filosofía, José Ortega y Gasset propuso una explicación muy poco halagadora para esa reacción tan frecuente: ella derivaría su juicio de que, aunque los historiadores modifican constantemente los fundamentos teóricos en que dicen apoyar sus reconstrucciones del pasado, el producto que buscan legitimar por esa vía sigue siendo hoy, como lo fue desde que hace veinticinco siglos se inventó esta supuesta disciplina, el más pedestre de los cronicones.

Si tradujéramos el comentario de Ortega a un lenguaje menos malhumorado, podríamos decir que la manera que los historiadores tenemos de encarar un problema es contar su historia, para concluir de ello que nuestra contribución más útil en ocasiones como la presente puede ser recordar a quienes participan en ellas que el

¹ Walt Whitman Rostow, *The Stages of Economic Growth*, Cambridge, Cambridge University Press, 1960.

problema que encaran tiene en efecto una historia, y es eso lo que trataré de hacer aquí.

En este caso, se trata de una historia cercana a cumplir dos siglos: se abre en el momento mismo en que los Estados Unidos comenzaron a convivir con esos otros estados que buscarían llenar el vacío creado por la disolución del imperio español en el continente. El Brasil portugués sólo iba a incorporarse a ese diálogo, entablado entre unos Estados Unidos que acababan de superar en 1814 la prueba de su segunda guerra de Independencia y los insurgentes hispanoamericanos que estaban todavía lejos de alcanzar ese objetivo, luego de las siete décadas que necesitó para completar la transición entre el antiguo régimen colonial y monárquico y el nuevo orden republicano.

Desde que comenzó esa convivencia, no faltaron ni en la América neobritánica ni en la neo-española quienes se lanzaran a reflexionar sobre las razones que permitían anticipar que la coexistencia de ambas secciones americanas en un único ámbito continental iba a estar erizada de dificultades. Desde el momento inicial de esas reflexiones, quienes las emprendían desde una y otra América coincidieron en atribuir las dificultades que anticipaban a las más generales que afrontaba la América ibérica para incorporarse con éxito a las complejas transformaciones económicas, sociales y políticas que tenían su foco en el Atlántico norte. Ello los llevaba a abordar la problemática, que sería luego encarada bajo el rótulo de la brecha, con un espíritu muy distinto.

Desde los Estados Unidos se advertía muy bien que la presencia de esa brecha, les haría más difícil oponer al Viejo Mundo -que luego del catastrófico cierre del ciclo revolucionario abierto en 1789 se proclamaba empeñado en reorganizarse bajo el signo de la restauración del antiguo orden- un Nuevo Mundo unánimemente encolumnado bajo el nuevo orden republicano. La dificultad no provenía aquí de que los estados que nacían en la América ibérica se resistieran a volcar sus instituciones en ese molde, sino de una desdichada herencia, en la que se integraban catolicismo y absolutismo, que los tornaba radicalmente ineptos para encarnar con éxito ese exigente ideal institucional. Pero pronto se hizo claro que el apoyo brindado por el Viejo Mundo a esa empresa restauradora era menos unánime de lo que había podido temerse en 1815. En el año 1823, cuando el presidente Monroe advirtió a las monarquías restauradas que los Estados Unidos estaban decididos a impedir que extendieran al hemisferio americano su cruzada legitimista, no ignoraba que esa

ambición afrontaba ya un obstáculo mucho más serio: la oposición de la potencia que había mantenido en vida por un cuarto de siglo el combate contra la Francia revolucionaria e imperial, y que luego de alcanzada la victoria era más que nunca la reina de los mares.

Desde entonces, puesto que era ya claro que para Estados Unidos la presencia de la brecha era un dato más bien que un problema, nada les impedía desterrarla de su horizonte hasta que nuevas situaciones coyunturales los incitaran a volver a tomarla en cuenta. Las ambiguas reacciones que despertaba en la América neo-británica la presencia de la brecha volvió fugazmente a reaparecer al promediar el siglo XIX, cuando la formidable expansión territorial estadounidense, que se completó mediante la incorporación de un inmenso botín de tierras antes mexicanas, pasó a inspirar una visión no menos ambigua del papel que tocaría desempeñar a los Estados Unidos frente a sus vecinos del Sur². Si aquellos podían sentirse llamados a introducir (por el ejemplo y quizá no sólo por el ejemplo) en la senda de la virtud republicana a esos nuevos estados que se revelaban cada vez menos capaces de descubrir por sí mismos cómo reducir la brecha, era comprensible que estuvieran algunas veces tentados de utilizar en su propio provecho las flaquezas de esas tristes caricaturas de repúblicas con las que compartían el Nuevo Mundo. Desde una perspectiva iberoamericana, los problemas que planteaba la coexistencia en una misma masa continental con un vecino dotado de esa temible capacidad expansiva fueron percibidos desde muy pronto, y también lo fueron los que surgían de la persistente demora con que Iberoamérica se incorporaba a los avances que tenían su foco en la Europa atlántica. La ausencia de esa misma demora en la relación que mantenía la América antes inglesa con ese foco era invocada sobre todo como un elemento adicional de prueba que sólo venía a confirmar que la clave de esta situación debía buscarse en ciertos rasgos específicos de la herencia hispánica, tal como lo sugería, por otra parte, -y de modo aún más convincente- que una brecha análoga separara a la antigua metrópoli imperial de sus vecinas del Viejo Continente.

Para que el problema que aquí se nos invita a explorar se redefiniera como el surgido de una específica brecha que separaba a la América ibérica de los Estados

² Estas reacciones eran ambiguas porque al tiempo que seguía encontrándose lamentable que la brecha impidiera al hemisferio americano constituirse en una monolítica fortaleza republicana, no dejaba de apreciarse que continuara ofreciendo a la sección anglosajona de las Américas la oportunidad de contemplarse en un espejo en el que resaltaba del modo más halagador la imagen de su propia superioridad.

Unidos fue necesario que este último país dejara de ser visto tan sólo como un discípulo más aprovechado de la maestra Europa que sus vecinos meridionales, o aun como el continuador cada vez más exitoso de los avances británicos sobre las tierras antes españolas del nuevo mundo. Ello sólo iba a ocurrir en el siglo XX, cuando Estados Unidos pasó a ser mucho más que eso. No debe deducirse de ello que los temas que dominarían la problemática en torno a la brecha entre las dos secciones del Nuevo Mundo no estuvieran ya presentes en esas etapas más tempranas de la reflexión de Iberoamérica sobre sí misma, aunque desde luego no podría esperarse que se volcasen en los términos usados en este libro.

Simón Bolívar y Estados Unidos: visión y distancias

En 1815, cuando Simón Bolívar abordó en su “Carta de Jamaica” las dificultades que encontraba Hispanoamérica para avanzar sobre la ruta en la que la había encaminado su revolución de independencia, o en 1819, cuando indagó más extensamente el tema en el discurso inaugural del Congreso de Angostura, no sólo faltaba aún más de un siglo para que la noción de desarrollo económico alcanzara un perfil preciso. Más importante aun, los problemas que esa noción evoca tenían un lugar muy marginal al lado de los exquisitamente políticos que dominaron la era de revoluciones, en cuyo marco Bolívar se había reservado de antemano un papel protagónico.

El problema aparece agravado a sus ojos porque lo que vive Hispanoamérica es menos una revolución como la norteamericana o la francesa que el episodio central de una catástrofe histórica todavía más honda que la sufrida “cuando desplomado el Imperio Romano cada desmembración formó un sistema político conforme a sus intereses y situación, o siguiendo la ambición particular de algunos jefes, familias o corporaciones”. En efecto, mientras “aquellos miembros dispersos volvían a restablecer sus antiguas naciones con las alteraciones que exigían las cosas y los sucesos [...] nosotros, que apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fue, y que por otra parte no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles; en suma, siendo nosotros

americanos de nacimiento y nuestros derechos los de la Europa, tenemos que disputar éstos a los del país y mantenernos en él contra la invasión de los invasores”.³

Quien lee retrospectivamente este párrafo encuentra difícil no preguntarse por qué el sujeto colectivo de la revolución hispanoamericana no debía estar integrado por los “legítimos propietarios del país”, sino por quienes se proclamaban herederos de unos derechos cuya legitimidad eran los primeros en denunciar. Bolívar no plantea siquiera el problema, y no sólo por la razón obvia de que él mismo pertenece a esa “especie media”, sino por otra más válida. Todos los que conocían algo de Hispanoamérica sabían que los tres siglos coloniales no habían trascendido en vano y que esa otra revolución era ya imposible en los hechos –como lo había probado tres décadas antes la exitosa supresión de la vasta rebelión indígena que había alcanzado a convulsionar el entero núcleo del antiguo imperio incaico-.

Sin duda, como hijo de la aristocracia criolla, Bolívar podía no lamentar que esa alternativa no estuviese disponible, pero ello no le impedía ver en la exitosa marginación de los “legítimos propietarios del país” el legado de una experiencia histórica contaminada desde su origen mismo. En una suerte de novela familiar a escala continental, iba a hacer de la conquista española un segundo pecado original que había marcado para siempre a la estirpe surgida de ella, a la que describiría para Santander como el “compuesto abominable de esos tigres cazadores que vinieron a la América a derramarle su sangre y a encastar con las víctimas antes de sacrificarlas”⁴.

En el contexto de una revolución todavía inconclusa, esa imagen poderosa sólo venía a expresar la desesperanza que su curso inspiraba en quien se sentía responsable de llevarla a buen término⁵. No es sorprendente entonces que Bolívar dejase de tomar en consideración esa herencia maldita, cada vez que buscaba sobreponerse a ese paralizante pesimismo para partir en busca de un modo de evitar que la emancipación sólo ofreciera a Hispanoamérica la oportunidad de probar su total ineptitud para gobernarse a sí misma. Así lo hará en el discurso de Angostura, donde –tras de evocarla en términos casi idénticos a los utilizados en la Carta de

³ “Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla” (Carta de Jamaica), en Simón Bolívar, *Doctrina del Libertador*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976, p. 62.

⁴ Bolívar a Santander, 8/VII/1826, *Obras completas de Simón Bolívar*, ed. Vicente Lecuna, La Habana, Lex, 1947, I, p. 1390.

⁵ Esta imagen iba a permanecer indeleblemente grabada en la memoria hispanoamericana; y en el siglo siguiente habría de inspirar algunas de las páginas más eficaces tanto de la *Radiografía de la Pampa* de Ezequiel Martínez Estrada como de *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz

Jamaica- la deja de lado para invocar en cambio a los enteros “fastos del Universo” la “humillante máxima que más cuesta mantener el equilibrio de la libertad que soportar el peso de la tiranía”.⁶

Puesto que los problemas que afronta Hispanoamérica, lejos de serle exclusivos, los comparte con la humanidad entera, debe en unión con ella acudir para resolverlos a “las lecciones de la experiencia” que ofrecen “las escuelas de Grecia, de Roma, de Francia, de Inglaterra, de América [en] la difícil ciencia de crear y conservar las naciones con leyes propias, justas, legítimas y sobre todo útiles”⁷. Desde el momento en que incluye al modelo político que ofrecen los Estados Unidos entre los que Hispanoamérica debe obligadamente tomar en cuenta al emprender el aprendizaje de esa ciencia difícil, Bolívar no puede sino incluir también en su temática y problemática las que luego haría suya la literatura dedicada a explorar la brecha que separa a la América neo-inglesa de la neo-ibérica. Sin embargo, su juicio está muy marcado por el clima de ideas dominante en el momento en que las formula y, más aun, por la preocupación, cercana ya a tornarse obsesiva, con que contempla el futuro del experimento político en el que se juega su destino.

Ese contexto explica que Bolívar haya incluido entre los regímenes ejemplares que pueden ofrecer lecciones al mundo, junto con los venerables de Grecia y Roma y los modernos ofrecidos por Inglaterra y Francia, el de la república surgida sólo en la víspera en la América antes inglesa. La razón más inmediata de esta inclusión es que sus instituciones federales ya han sido tomadas como ejemplo tanto en Venezuela como en la Nueva Granada, con consecuencias que, a su juicio, han contribuido decisivamente a llevar a un desenlace desastroso las tempranas experiencias revolucionarias de ambas comarcas. Si debe detenerse tanto en ese ejemplo es porque él parece desmentir las lecciones de la experiencia hasta entonces universal que había confirmado una y otra vez que “de la libertad absoluta se desciende siempre al poder absoluto”.

En efecto, Bolívar debe admitir que los Estados Unidos han logrado retener por un tercio de siglo el goce de una libertad absoluta, y aunque no ignora “de cuánto son capaces las virtudes cívicas y cuán indiferentes suelen ser las instituciones,” no deja de celebrar como algo prodigioso que aun en un “pueblo [que] es un modelo

⁶ “Discurso de Angostura”, en *Doctrina del Libertador, op.cit.*, p. 106

⁷ “Discurso de Angostura”, en *Doctrina del Libertador, op. cit.*, p. 113

singular de virtudes políticas y de ilustración moral [...] un sistema tan débil y complicado como el federal haya podido regirlo en circunstancias tan difíciles y delicadas como las pasadas”.⁸ La celebración de esa hazaña como prodigiosa es una manera de negar que pueda ofrecer un ejemplo válido para sus vecinos de continente, ya que nada sería más peligroso que ver en ese desafío inexplicablemente exitoso a todas las leyes de la ciencia política algo más que la excepción que confirma la regla.

En cambio, son los ensayos políticos que en el Viejo Mundo han intentado acercarse a la realización de los objetivos del ideal ilustrado los que pueden ofrecer las enseñanzas tanto positivas como negativas que necesita Hispanoamérica para encontrar su rumbo⁹. Le bastará para ello volver los ojos “a la Inglaterra y la Francia”, que vienen “llamando la atención de todas las naciones y dándoles lecciones elocuentes de todas especies en materias de gobierno. La Revolución de estos dos grandes pueblos -prosigue Bolívar- como un radiante meteoro, ha inundado al mundo con tal profusión de luces políticas, que ya todos los seres que piensan han aprendido cuáles son los derechos del hombre y cuáles sus deberes; en qué consiste la excelencia de los gobiernos y en qué consisten sus vicios. Todos saben apreciar el valor intrínseco de las teorías especulativas de los filósofos y legisladores modernos”¹⁰.

La consagración de Inglaterra como la nación destinada a guiar a la humanidad entera en la era de revoluciones que ella mismo abriera un siglo antes del estallido de la tanto más ruidosa revolución de Francia, más allá de ofrecer a Bolívar un modelo de revolución que ha ido aún más lejos de lo que él está dispuesto a llegar en su esfuerzo por mantener la continuidad con el pasado prerrevolucionario, le proporciona una justificación doctrinaria para su propuesta de asegurar el futuro de la revolución hispanoamericana cobijándola bajo la protección británica. Todavía después de Ayacucho, cuando ya “nada hay que temer y todo que esperar de Europa”, Bolívar sigue juzgando que “si nos ligamos a la Inglaterra [mediante una alianza ofensiva y defensiva] existiremos, y si no nos ligamos nos perderemos infaliblemente”. Como se ve, de Gran Bretaña no espera ya protección frente a un peligro externo que se ha disipado para siempre, sino contra un demonio interior que

⁸ “Discurso de Angostura”, en *Doctrina del Libertador, op. cit.*, pp. 113 y 108.

⁹ Los objetivos de este ideal habían sido ya definidos por Bolívar en el juramento de Roma como “la emancipación del espíritu, la extirpación de las preocupaciones, el enaltecimiento del hombre y la perfectibilidad definitiva de su razón”. Simón Bolívar, *Doctrina del Libertador, op. cit.*, p. 4.

¹⁰ “Discurso de Angostura”, en *Doctrina del Libertador, op. cit.*, p.113

Hispanoamérica necesita exorcizar para siempre (“si seguimos en la perniciosa soltura en que nos hallamos, nos vamos a extinguir por nuestros propios esfuerzos en busca de una libertad indefinida”.¹¹).

Si para el último Bolívar la opción por Gran Bretaña se justifica tanto por el papel de árbitro inapelable que su superioridad naval le ha conferido en cuanto al nexo entre el Viejo y el Nuevo Mundo como por la mayor relevancia que la fórmula política por ella adoptada tiene para la América antes española, esas mismas razones lo llevan a marcar aún más sus distancias con los Estados Unidos. En cuanto a lo primero, mientras el implícito veto británico a cualquier apoyo activo de las potencias continentales a la causa realista durante la lucha por la independencia había contribuido más que ningún otro factor externo a la victoria de la insurgencia, la puntillosa neutralidad adoptada por los república norteamericana hasta casi la víspera de esa victoria sugería una ausencia de cualquier sentimiento de solidaridad con esas otras repúblicas surgidas del derrumbe del imperio español que no auguraba nada bueno para el futuro¹². Y en cuanto a lo segundo, mientras Gran Bretaña señalaba el camino que permitiría a las naciones hispanoamericanas alcanzar una fórmula política que conciliara libertad y orden, los Estados Unidos no se limitaban a ofrecer con su sola existencia un modelo político seductor pero peligroso. Para indignación de Bolívar, sus agentes oficiosos habían buscado promoverlo en Hispanoamérica con indiscreto celo ya antes de su tardío reconocimiento de la independencia de las naciones del subcontinente.

De este modo, Bolívar logra fundamentar su propuesta destinada a implantar en Hispanoamérica un régimen de ordenada libertad sin introducir en la discusión, como él mismo reconoce, lo que la experiencia histórica hispanoamericana tiene de más específico, dado que ello lo obligaría a volver de nuevo la mirada sobre esa culpa de origen. Sólo en sus momentos más desesperados está dispuesto a reconocer la clave que le permitiría entender esa experiencia misma. Cuando se ve obligado a tomar en cuenta que la incorporación de Hispanoamérica a la civilización liberal plantea problemas que le son específicos, prefiere alegar que lo que hace imposible

¹¹ Bolívar a Santander, Cusco, 28/VI/1825, en *Doctrina del Libertador*, op. cit., p.197

¹² Bolívar a José Rafael Revenga, 25/V/1820, en “Doctrina del Libertador” cit. n. 3, pp. 147-9 (“jamás conducta ha sido más infame que la de los Americanos con nosotros”); al coronel Patricio Campbell, encargado de negocios de Su Majestad Británica, 5/VIII/1829. en id. 295 (‘los Estados Unidos, que parecen destinados por la Providencia a plagar la América de miserias en nombre de la libertad’).

resolverlos con éxito es la inmadurez de un Nuevo Mundo que tres siglos después de comenzada su conquista presenta aún los rasgos de “un pequeño género humano [...] en su infancia, rodeado de tanta incertidumbre, ignorancia y error” como lo había estado la entera humanidad en los albores de su trayectoria histórica, para concluir de ello que sería demasiado aventurado anticipar cualquier pronóstico sobre su porvenir¹³.

Al eliminar de su horizonte de problemas un dato tan esencial a la experiencia histórica en que se forjó Hispanoamérica, como lo es el brutal episodio que le dio origen, Bolívar renunciaba a la vez a encarar globalmente los que planteaba la frontera interna que había dejado en herencia, y que seguía dividiendo a los herederos de conquistadores y conquistados. Al hacerlo daba un decisivo paso inicial en el camino que llevaría a articular la problemática colocada bajo el tópico de la brecha en los términos que terminarían por dominarla. Porque sólo si se reconoce a la conquista la dignidad de episodio fundacional se hace evidente que para casi todos los estados sucesores del imperio español, en que esa herencia gravitaba con toda su fuerza, su configuración como estados-naciones capaces de afirmarse como tales en el concierto internacional se anunciaba como un objetivo nada fácil de lograr. Esto hacía necesario medir el éxito o fracaso de las experiencias políticas abiertas por el triunfo de la revolución de independencia hispanoamericana con un cartabón distinto del usado para juzgar a los Estados Unidos.

¿Hasta qué punto las diferencias entre los planteos de Bolívar y los que pronto habían de sucederles nacían de divergencias en sus respectivas visiones de la problemática hispanoamericana, antes que de la relación personalísima que aquél había establecido con una revolución a la que había consagrado de antemano su vida, y a través de la cual había esperado que el Nuevo Mundo diera al “gran problema del hombre en libertad” la solución que no había siquiera intentado buscar “la civilización que ha soplado del Oriente”, en la que “todas las grandezas han tenido su tipo y todas las miserias su cuna”¹⁴? Es esa identificación total con el proyecto revolucionario la

¹³ “Discurso de Angostura”, en *Doctrina del Libertador*, op. cit., pp. 60-61.

¹⁴ El texto del “Juramento de Roma”, tal como fue transmitido en 1850 por Simón Rodríguez, ante quien Bolívar lo había pronunciado en 1805, en *Doctrina del Libertador*, op. cit., pp 3-4.

que le hace vivir con una hondura trágica, que se buscaría en vano en sus epígonos, el descubrimiento de que esa solución se ha revelado inalcanzable¹⁵.

Ello no impide que las conclusiones que le inspira ese amargo descubrimiento se ubiquen muy cerca de las que han de predominar en las comarcas neo-españolas de la América del Sur en las dos décadas que seguirán a su muerte. A partir de 1830, se multiplicarán las oportunidades de redescubrir, como él mismo lo había proclamado acogiendo a la autoridad de Rousseau, que “la libertad es un alimento succulento pero de difícil digestión [y] nuestros débiles conciudadanos tendrán que enrobustecer su espíritu mucho antes que logren digerir el saludable nutritivo de la libertad”¹⁶.

El ejemplo de Gran Bretaña como vía media entre reacción y revolución

A lo largo de esas décadas, una nueva promoción de dirigentes hispanoamericanos habrá de aceptar con el corazón más ligero las conclusiones a las que Bolívar había terminado por resignarse. Que la revolución ha dejado en herencia más calamidades que bendiciones no es para ellos un descubrimiento tardío, aunque acaso ello puede deberse –como proclamó el naciente liberalismo a comienzos de la década de 1820- a que la revolución misma había quedado a mitad de camino. Les parece igualmente evidente que completarla en sociedades sacudidas hasta sus cimientos por las pasadas tormentas revolucionarias corre riesgo de destruir los últimos lazos que las mantienen precariamente unidas, precipitándolas en la peor de las anarquías. Puesto que por otra parte la vuelta al pasado es aún más imposible que la fuga hacia el futuro, por el momento –y un momento que puede ser muy largo- lo único que cabe es hallar el modo de sobrevivir en el limbo creado por el derrumbe irrevocable del antiguo orden y la imposibilidad de instaurar sólidamente otro capaz de reemplazarlo.

En medio de la vaguedad de líneas propia de ese momento crepuscular, hay un rasgo que se perfila nítidamente: que la América antes española es ahora satélite en un sistema mundial que tiene su centro en Londres. Ello iba a reflejarse ya de modo

¹⁵ Así el 12/IV/1828 en carta a José Antonio Páez: “Sería necesario desnaturalizarnos para poder vivir bajo de un gobierno absolutamente libre; sería preciso mudar nuestros hábitos y costumbres y hacernos austeros y desprendidos de nuestras viles pasiones o renunciar a la quimera de nuestros proyectos. Yo era el más iluso de todos y han sido necesarios cuarenta años de desengaño para llegar a este convencimiento, deplorable y funesto”, en “Doctrina del Libertador”, op. cit., p. 266.

¹⁶ “Discurso de Angostura”, en *Doctrina del Libertador*, op. cit., pp. 108 y 105.

inequívoco en el impacto político e ideológico de la crisis bursátil que en 1825 puso fin catastrófico a la corriente de inversiones británicas dirigida hacia ella, como así también al optimismo acerca del futuro que había hecho posible el auge del primer liberalismo hispanoamericano. Pero Gran Bretaña no era sólo el árbitro de los destinos de los nuevos países; seguía ofreciendo también –para quienes aspiraban a orientar en sentido conservador a estados cuya existencia misma era considerada subversiva por las potencias que dominaban en la Europa continental- el ejemplo que probaba que era en efecto posible encontrar una *via media* entre reacción y revolución.

Pronto la adopción de Gran Bretaña como el referente político por excelencia no necesitará fundarse en una elección consciente de ese modelo en lugar de otros. Así en 1832, Diego Portales evoca el choque entre el duque de Wellington y Canning ocurrido durante la década anterior cuando busca definir hasta dónde debe llegar el influjo que el gobierno del Chile conservador está dispuesto a conceder al elemento popular. A su juicio, si Canning fue demasiado lejos en sus esfuerzos por “poner en las manos del pueblo instrumentos de que abusa casi siempre”, el duque, por su parte, “quiso desequilibrar ese poder por el extremo opuesto y se le declaró una oposición que le hizo devolver los sellos [...] al fin habrían probado los ingleses que faltando ese equilibrio en que se mantiene el poder de los nobles y el del pueblo, debe caer ese edificio”¹⁷. Aquí es quizá aún más significativa que el reconocimiento implícito de la total relevancia que tiene para la política chilena el ejemplo británico, la familiaridad con el funcionamiento concreto de sus mecanismos institucionales, que se refleja en el modo alusivo con que Portales puede referirse a ellos, seguro de que no han de desconcertar a su corresponsal y fiel agente político, que parece tanto más notable porque no solo el destinatario sino también el autor de la misiva nunca había compartido el interés de Bolívar por el trasfondo doctrinario e institucional de los conflictos que habían ofrecido el argumento central para la era de revoluciones que acababa de cerrarse.¹⁸

Durante esas dos décadas, los experimentos políticos más exitosos que tuvieron por teatro a las tierras antes españolas de la América del Sur –no sólo el que

¹⁷ Diego Portales a Antonio Garfias, 17/IV/1832, en *Epistolario de don Diego Portales*, Santiago de Chile, 1936-7, II, p. 173.

¹⁸ La concisa expresión “devolver los sellos” sólo adquiere sentido para quien no necesita que le expliquen el mecanismo por el cual una mayoría en la cámara baja puede obligar al primer ministro a presentar su dimisión y a su soberano a aceptarla.

hizo del Chile de Portales la república-modelo de esta etapa hispanoamericana, sino también el neogranadino y el venezolano- debieron en buena medida ese éxito a que la opción por avanzar “a la antigua española lentamente y viendo primero lo que hacemos”, que había sido la del último Bolívar,¹⁹ se estaba revelando cada vez más claramente como la más adecuada a la coyuntura posrevolucionaria. No sólo porque la extrema fragilidad del orden que comenzaba a emerger pasada la tormenta hubiera hecho demasiado imprudente adoptar un ritmo más rápido, sino también porque del centro del nuevo sistema mundial al que Hispanoamérica se había descubierto incorporada no llegaban ni estímulos ni amenazas que incitaran a hacerlo.

A mediados del siglo, esa situación sufrió un cambio radical, cuando se ensanchó considerablemente el lugar que los Estados Unidos ocupaban en el horizonte hispanoamericano, y ello no sólo porque se reconociera en este país la fuente de más de una de las nuevas o renovadas amenazas que comenzaba a afrontar Hispanoamérica. Aunque la expansión territorial estadounidense hacia el corazón del continente norteamericano había ya comenzado a inspirar crecientes alarmas desde que la adquisición de la Luisiana hizo claro que el secular avance anglosajón sobre las tierras españolas del Nuevo Mundo proseguiría en un frente mucho más amplio y a un ritmo más rápido que en el pasado, fue la contundente victoria que los Estados Unidos alcanzaron en 1848 sobre México la que vino dar un contenido ominosamente preciso a las sombrías previsiones de Bolívar²⁰. No faltaron desde entonces –y no sólo en el país derrotado- quienes temieran que el formidable potencial expansivo de la república surgida en la América neo-inglesa pusiera en riesgo la supervivencia misma de las frágiles naciones neo-españolas.

Pero los Estados Unidos tenían también un papel significativo en una transformación de mucho más vastos alcances: el descubrimiento de oro en esa California que acababan de arrebatar a México, al incorporar más plenamente a la cuenca del Pacífico a la red de tráficos mercantiles de una economía que con ello se acercaba a completar su conquista del planeta, contribuyó decisivamente al ingreso de ésta en una nueva fase expansiva, caracterizada por una vertiginosa transformación de los sistemas de transportes y comunicaciones. A diferencia del peligro que significaba el creciente expansionismo norteamericano, que ni aun los más alarmistas creían que

¹⁹ Así Bolívar en carta a Andrés de Santa Cruz, 14/X/1826, en “Obras” cit., n. 4, I, p. 1444.

²⁰ Hasta entonces ese avance estuvo confinado a las Antillas y un par de rincones de la costa caribe centroamericana.

gravitara con la misma intensidad sobre todas las naciones neo-españolas, el ambiguo impacto de ese cambio en la coyuntura económica mundial debía preocupar a todas por igual, ya que si éste abría a las economías hispanoamericanas posibilidades nuevas, tanto el ritmo cada vez más vertiginoso como las consecuencias cada vez más abarcadoras de las transformaciones económicas en curso autorizaban a temer que las naciones que se revelaran incapaces de sumarse a ellas estaban poniendo en riesgo su futuro y quizá su existencia misma.

La brecha en la visión de Sarmiento

El texto en que Domingo Faustino Sarmiento da cuenta de su descubrimiento de los Estados Unidos refleja admirablemente el temple de ese momento en que el gran vecino anglosajón pasó a ocupar un lugar de primer plano en el horizonte de las naciones hispanoamericanas. Quien llegaría a ser una de las grandes figuras de la etapa de consolidación de los estados hispanoamericanos que iba a cubrir el último tercio del siglo XIX, había sobresalido ya en 1847 entre los numerosos argentinos que encontraron refugio político en Chile, como conflictivo promotor de innovaciones ideológicas y culturales. También como eficaz aliado periodístico del futuro presidente Manuel Montt, en quien descubrió, antes que otros, al destinado a guiar al Chile conservador en una etapa en que las orientaciones legadas por Portales se estaban haciendo menos relevantes.

El apoyo de Montt había contribuido ya a que a este autodidacta, cuya educación formal había concluido en la escuela primaria, le fuese encomendada la creación y organización de innovadoras instituciones de enseñanza. Cuando el clima en Chile se le hizo momentáneamente irrespirable, fue de nuevo Montt quien se aseguró de que una misión de estudio de las instituciones de enseñanza elemental en Europa y los Estados Unidos le ofreciera una salida para una situación que parecía no admitirla. Uno de los frutos de esa misión, transcurrida entre 1847 y 1849, fue la publicación, en ese último año y en 1851, de dos volúmenes en que narraba sus experiencias de viaje. En el segundo registró sus impresiones de los Estados Unidos.

En ambos volúmenes, lo que para un lector apresurado parece seguir la caprichosa ruta de avance de una suerte de monólogo interior regido por el principio de asociación libre, se revela a la reflexión como un examen, más exhaustivo que sistemático, de todas las derivaciones y repercusiones alcanzadas por un rasgo central

en la vida de una sociedad. En el *Facundo*, cuya publicación en 1845 había hecho conocer a Sarmiento más allá del ámbito hispanoamericano, éstas habían sido las de la ausencia en la despoblada Argentina de la masa crítica de población que hace posible la implantación de una sociedad civilizada. En *Viajes* serían las dejadas en herencia por las revoluciones democráticas brotadas sobre ambas orillas del Atlántico Norte en el tardío siglo XVIII.

Ya Tocqueville había intuido y luego comprobado *in situ* que en ninguna parte podía explorarse mejor que en los Estados Unidos la problemática planteada por el avance inexorable de la democracia. No es extraño que Sarmiento, que había aspirado a hacer en *Facundo* para la América española lo que aquél hiciera para la anglosajona²¹, buscara en *La démocratie en Amérique* su primera guía para la exploración que iba a emprender del inmenso experimento democrático estadounidense. Pero, si en la sección de sus *Viajes* que dedica a los Estados Unidos el problema central es, como en Tocqueville, el que plantea la irrupción de la democracia, lo ha de encarar en términos del todo distintos de los preferidos por este autor. Para Tocqueville un régimen que –como es el caso del surgido de las revoluciones democráticas- intenta a la vez completar la marcha hacia la igualdad antes impulsada por el absolutismo regio y extender a la entera sociedad el goce de espacios de libertad mucho más amplios que los que los sectores privilegiados habían logrado defender de los avances del poder monárquico, arrastra una contradicción que juzga imposible eliminar por completo²². Sarmiento está tan alejado de esa perspectiva que lo veremos fundamentar la superioridad de la experiencia norteamericana alegando que se ha acercado mucho más que la europea a implantar, a la vez que una plena igualdad, una no menos plena libertad

Eso no impide que Sarmiento haya aprendido en Tocqueville a ver en los Estados Unidos mucho más que el fruto de una experiencia de colonización ultramarina por una gran potencia europea, cuya comparación con la protagonizada por los reinos ibéricos puede arrojar nueva luz sobre los de esta última. También para Sarmiento la experiencia norteamericana señala un camino hacia la plena instauración

²¹ Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo*, Ed. Roberto Yahni, Madrid, Cátedra, 1990, pp. 40-1.

²² Este aristócrata liberal está hasta tal punto convencido de que el avance hacia la igualdad es ya irrefrenable que considera apenas relevante abrir juicio sobre la validez intrínseca del ideal igualitario. Se contentaría con encontrar la manera de que su ineluctable triunfo no trajese consigo la instauración de un despotismo más cercano al de la Roma imperial que al tanto menos extremo reprochado al Antiguo Régimen.

de la democracia, distinto y mejor que el abierto en el Viejo Mundo por la revolución francesa. En las secciones de *Viajes* dedicadas precisamente a su etapa francesa es donde se hace más clara la gravitación que ha alcanzado sobre Sarmiento la problemática propuesta por Tocqueville, que le ayudó a concluir que en Francia y Europa, era inminente el estallido de conflictos sociales aún más violentos que los conocidos durante el anterior ciclo revolucionario.

Esta conclusión acerca de un problema cuya gravedad le había sido sugerida en parte por la lectura de Tocqueville se suma a otro descubrimiento previo: que los progresos materiales e intelectuales que deslumbran a quienes los contemplan desde ultramar sólo han arraigado en algunos centros aislados en un océano de primitivismo rústico. Ambos persuaden a Sarmiento de que frente a ese “animal nuevo producido por la creación política” que son los Estados Unidos “para aprender a contemplarlo hay que aprender antes a educar el juicio propio, disimulando sus aparentes fallas orgánicas, a fin de apreciarlo en su propia índole, no sin riesgo de vencida la primera extrañeza, apasionarse por él, hallarlo bello, y proclamar un nuevo criterio de las cosas humanas”²³. Lo primero que enseña a Sarmiento ese nuevo criterio es que, cuando se compara los logros europeos con los de ese “animal nuevo”, se descubre que Europa comparte en más de un aspecto esencial un retraso que él había imaginado sólo hispanoamericano. Lo que hace incomparables a los Estados Unidos se refleja mejor que en cualquier otro rasgo en que mientras “la aldea francesa o chilena es la negación de Francia o Chile, y nadie quisiera aceptar ni sus costumbres, ni sus vestidos, ni sus ideas, como manifestación de la civilización nacional”, la norteamericana “es ya todo el estado, en su gobierno civil, su prensa, sus escuelas, sus bancos, su municipalidad, su censo, su espíritu y su apariencia”.²⁴

Este rasgo, como casi todos los que Sarmiento registra a partir de impresiones que ha recogido en un viaje de sólo seis semanas por los Estados Unidos, estaba ya presente en la imagen que Tocqueville había trazado de ese país, como lo estaban en las presentadas por otros viajeros cuya lectura había dejado también inequívocas huellas en el texto sarmientino²⁵. Pero si la imagen es esencialmente la misma, lo que

²³ Domingo Faustino Sarmiento, *Viajes por Europa, África y América*, Edición Crítica, UNESCO, colección Archivos, 1996, p. 290.

²⁴ Sarmiento, *Viajes por Europa, África y América*, op. cit., p. 297.

valora Sarmiento en los Estados Unidos no es lo que para Tocqueville hace de ese país el modelo político que señala a Europa el camino del futuro. Lo primero que advierte Sarmiento a sus lectores es que quien busque en los Estados Unidos “nuestra república, libertad y fuerza, inteligencia y belleza, aquella república de nuestros sueños” está condenado a sufrir una dura decepción, ya que “al mismo tiempo que en Norte América han desaparecido las más feas úlceras de la especie humana, se encuentran algunas cicatrizadas ya aun entre los pueblos europeos, y que aquí se convierten en cáncer”²⁶

Pero si la república soñada no existe en los Estados Unidos, lo que sí existe es la democracia, y eso basta para que esa nación improvisada en la costa atlántica de la América del Norte se haya adelantado ya más en el camino del progreso que las más ilustres de Europa: “estos demócratas –concluye Sarmiento- son hoy en la tierra los que más en camino van de hallar la incógnita que buscan a oscuras los pueblos cristianos, tropezando en la monarquía como en Europa, o atajados por el despotismo brutal como en nuestra pobre patria”. Sin embargo, eso no es todo; mientras se preparan a resolver esa incógnita, los Estados Unidos están ya creciendo a un ritmo impensable en Europa, y Sarmiento cree saber por qué: mientras Europa dedica una parte desproporcionada de sus recursos a asegurar la estabilidad de una sociedad jerárquica y abruptamente desigual (“la Francia tiene un rey, cuatrocientos mil soldados, fortificaciones de París que han costado dos mil millones de francos, y un pueblo que se muere de hambre”), los Estados Unidos son la sede de un pueblo “libre como el aire, sin tutores, sin ejército y sin bastillas” y pueden ya serlo porque “no tienen reyes, ni nobles, ni clases privilegiadas, ni hombres nacidos para mandar, ni máquinas humanas nacidas para obedecer”. El resultado es que en esa tierra donde “el bienestar está distribuido con más generalidad que en pueblo alguno [...] la población se aumenta según leyes desconocidas hasta hoy entre las otras naciones [y] la producción sigue una progresión asombrosa”.²⁷

²⁵ En este aspecto Sarmiento parece deber más a las “Lettres sur les États Unis” de Michel Chevalier (Paris, Gosselin, 1837) aunque no las cita explícitamente en el texto, que a las “Notions of the Americans picked up by a Travelling Bachelor”, de James Fenimore Cooper (Albany, SUNY Press, 1991 [1828]) a las que sí menciona en éste.

²⁶ Esa conclusión negativa no impide que Sarmiento concluya a la vez que con la implantación de la democracia los Estados Unidos han dado ya el paso decisivo en la de “la República, la cosa pública [que] vendrá luego”; Sarmiento *op. cit.*, p. 291.

²⁷ Sarmiento, *op. cit.*, p. 313.

Tal como señala con justeza el profesor Katra, lo que Sarmiento ofrece aquí a sus lectores es en rigor una utopía, construida a partir de una imagen de la experiencia norteamericana en que su excepcionalidad se presenta con rasgos mucho más acusados que en las trazadas por Cooper, Chevalier o Tocqueville, porque en ella se hace sentir más que nunca la tendencia tan sarmientina “a generalizar a partir de sus observaciones”²⁸, que –dado el muy limitado contacto de Sarmiento con los Estados Unidos- alcanzó en este caso consecuencias particularmente problemáticas.

Más que la justeza de la imagen que Sarmiento propone del estado de la sociedad norteamericana en 1849, lo que debe interesarnos aquí es la desaparición en su texto de esa otra excepcionalidad de signo opuesto y fuertemente negativo que, a partir de Bolívar, tantos hispanoamericanos habían creído específica de su rincón del mundo; se ha visto ya cómo para Sarmiento, cuando se los confronta con ese país en que el futuro es ya presente, Francia y Chile no parecen separados por un abismo.

Esa diferencia se refleja muy bien en la conclusión última que Sarmiento extrae de su experiencia norteamericana; mientras sus predecesores solían resumirla en una pregunta que era a la vez un lamento (“¿por qué Hispanoamérica no puede ser como los Estados Unidos?”), Sarmiento ofrecía como corolario una perentoria invitación a trocarse en otros Estados Unidos. Sin embargo, no era ésa la única razón que lo llevaba a aferrarse al optimismo desplegado en esa desaforada ambición. Influía también la viva conciencia de que estaba terminando de derrumbarse el invernáculo en que había encerrado a Hispanoamérica el monopolio colonial, que si había hecho imposible el progreso de las Indias españolas, les había dejado por lo menos abierta la alternativa del estancamiento. Ahora ésta ya no está disponible, y en consecuencia las naciones hispanoamericanas juegan su futuro y quizá su supervivencia misma en una lucha en que inevitablemente “vamos a ser actores, y corremos riesgo de ser víctimas”.

En particular para las naciones de clima templado –señala Sarmiento en una de las últimas producciones de su etapa de destierro en Chile refiriéndose a ese país, pero sus argumentos son igualmente válidos para su nativa Argentina- la vertiginosa consolidación de un auténtico mercado mundial tiene por consecuencia que se ven forzadas a “entrar para los excedentes de sus productos, en liza con la Europa y los Estados Unidos”, o sea “con el resumen de la civilización de todos los tiempos y de

²⁸ William H. Katra, *Sarmiento en los Estados Unidos*, op. cit., p. 891.

todos los países”. Desde ahora, “sus sementeras de trigo [sc las europeas y norteamericanas] están al lado de las nuestras, para aprovisionar los mercados que nosotros frecuentábamos”, mientras sus navíos comerciales se lanzan “en todas direcciones para competir en fletes baratos, en rapidez de travesía con nuestras naves de alquiler” y “sus máquinas poderosas vienen a competir con nuestros rudos brazos prodigados en hacer con ciento, lo que haría uno inteligente”.²⁹

En ese texto sarmientino se definen por primera vez explícitamente los términos en que se planteará en el futuro el problema de la brecha. Si mucho antes de 1855 se habían ya hecho frecuentes las confrontaciones entre los logros de la América neo-inglesa y la neo-ibérica, en ellas se había invariablemente tomado en cuenta en primer término los alcanzados en la esfera cívica, cultural y social, a los que se reconocía como intrínsecamente valiosos. Así lo había hecho todavía Sarmiento en 1851, en la sección de sus *Viajes* dedicada a los Estados Unidos, aunque ya en ella subrayaba más enérgicamente que anteriores viajeros el influjo que esos logros tenían en los vertiginosos avances de la economía estadounidense. Ahora, en cambio, aprecia los logros que proclama urgentes en todas esas esferas como pasos necesarios para alcanzar los que se han hecho indispensables en la de la economía, porque de estos últimos depende quizá la supervivencia misma de las frágiles naciones que buscan consolidarse en la América antes española.

El tema de la brecha irrumpe entonces en la reflexión hispanoamericana impulsado por el descubrimiento de que como consecuencia de los avances en la consolidación del mercado mundial el triunfo en la competencia económica entablada entre las naciones que lo integran se está haciendo para éstas –y del modo más literal– cuestión de vida o muerte. No ha de sorprender, por lo tanto, que durante las ocho siguientes décadas, en las cuales ese alarmado descubrimiento sólo vuelve a hacerse creíble en ciertas coyunturas críticas por fortuna excepcionales, la problemática de la brecha vuelva a articularse desde una perspectiva menos centrada en su dimensión económica. Así, el juicio negativo que el mismo Sarmiento ofrece en 1883 acerca de los progresos de su Argentina en los últimos treinta años no deja de reconocer que en la que en 1852 había sido aún una llanura casi desierta “campañas cubiertas de mieses doradas cubren provincias enteras” y que los avances en riqueza y población han

²⁹ D.F. Sarmiento, “Influencia de la instrucción primaria en la industria y en el desarrollo general de la prosperidad nacional”, en Tulio Halperin Donghi, *Proyecto y construcción de una nación, 1846-1880*, Buenos Aires, Ariel, 1995, pp. 258 y 262.

llegado “al punto de no saberse en Buenos Aires si estamos en Europa o en América”. Pero eso no basta a su juicio para celebrar a esa etapa como exitosa, cuando la “República que soñamos” está más distante que nunca, y la que existe en los hechos en la Argentina se parece cada vez más a la que rige en Venezuela, cuyo Senado acaba de sumar una nueva estatua ecuestre del “ilustre americano” que la gobierna desde hace ya más de una década a las “varias que ya infestan todas sus plazas”.³⁰

Contraposición de modelos y choque de estirpes

No deja de ser notable a la vez que ese disminuido interés por la dimensión económica de la brecha se da en una etapa en que la que separa el desempeño de las economías hispanoamericanas del de la estadounidense parece haberse ensanchado considerablemente.³¹ La razón más obvia para que ese tema preocupe ahora menos es que ello no está impidiendo a la mayoría de las naciones hispanoamericanas encontrar un lugar que se anuncia suficientemente seguro en un orden económico mundial cada vez más nítidamente perfilado, como proveedoras de alimentos y materias primas para su núcleo nor-atlántico. Ésa es también una de las razones por las cuales el retorno a la temática y problemática que había inspirado tan negros presagios a Bolívar no lleva ahora a conclusiones igualmente sombrías; el legado más conspicuo de la conquista, que es la presencia en la mayoría de las naciones hispanoamericanas de un entero sector de población formado por los descendientes de los conquistados no pesa ahora como el legado de un segundo pecado original destinado quizá a gravitar eternamente sobre ellas. La reacción frente a ese rasgo está más cercana a la de los servidores de la monarquía ilustrada, que lo veían reflejado en un conjunto de carencias e insuficiencias cuya superación se anunciaba difícil pero no imposible.

Ni aún el influjo creciente del positivismo, que invitaba por ejemplo a trasponer al lenguaje de un racismo de base biológica la denuncia ilustrada del apego de los herederos de la etnia conquistada a sus usos ancestrales como un serio

³⁰D.F. Sarmiento, “Carta-prólogo a ‘Conflicto y armonías de las razas en América’. A Mrs. Horace Mann (1883)”, en op. cit., pp. 588-60.

³¹ Según la estimación de John Coatsworth y Alan Taylor, el producto bruto per capita de las seis mayores economías latinoamericanas descendió entre 1850 y 1900 del 51 al 27% del de la economía de los Estados Unidos (John. H. Coatsworth y Alan M. Taylor (eds.), *Latin America and the World Economy since 1800*, Harvard University Press, 1998, p. 26)

obstáculo al avance de las necesarias reformas, logra reintroducir el fatalismo que en sus momentos más desesperados había dominado a Bolívar. Como ha señalado con entera justeza Nancy Stepan³², así se proclamaran seguidores de Darwin, los latinoamericanos se inclinaban en los hechos por la versión ofrecida por Lamarck de la teoría de la evolución, que admitía la trasmisibilidad a la descendencia de los caracteres adquiridos. El corolario de esa preferencia espontánea puede verse de nuevo en Sarmiento, quien ha leído en alguna parte que un estudio de restos óseos en cementerios parisienses había permitido comprobar que la capacidad craneana de los franceses había venido creciendo consistentemente desde fines de la Edad Media. Si en el mundo hispánico no se ha descubierto nada parecido y, por lo contrario, la capacidad craneana no supera la alcanzada siglos antes en Francia, ello debe atribuirse al influjo negativo de la Inquisición; y puesto que ese obstáculo ha sido eliminado nada impedirá ya que en unos siglos más los hispanoamericanos rivalicen en capacidad craneana –y por lo tanto en dotes intelectuales- con los franceses. Como se ve, la preferencia por la versión de Lamarck sobre la de Darwin no derivaba de ningún ejercicio de comparación crítica de ambas (es probable que la mayor parte de los que en Hispanoamérica se proclamaban seguidores de Darwin ignoraran su posición contraria a la trasmisibilidad de los caracteres adquiridos). En cambio, ella se nutría en una fe en la capacidad de transformación de realidades sociales que era previa a cualquier justificación teórica que pudiera invocarse en su favor.

Esa actitud menos pesimista se extrema en las naciones que afrontan más exitosamente los crecientes desafíos derivados de los avances del mercado mundial. La ufanía propia de esa etapa argentina tiene su expresión en 1903 en *Nuestra América*, un libro en que Carlos Octavio Bunge ofrece un balance cerradamente negativo de la herencia biológica y psicológica que los latinoamericanos y argentinos han recibido de sus ancestros indígenas, ibéricos y africanos, precedido por un prólogo en que se declara seguro de que una vez eliminados los defectos cuyo inventario se prepara a ofrecer, los argentinos no sólo alcanzarán, sino superarán el nivel alcanzado por europeos y estadounidenses. En el vecino Uruguay, esa mayor confianza en el futuro encuentra en 1900 una expresión menos estridente pero quizá aún más ambiciosa en *Ariel*, un ensayo en que José Enrique Rodó contrapone al

³² Nancy Stepan, *The Hour of Eugenics: Race, Gender and Nation in Latin America*, Ithaca, Cornell University Press, 1991.

modelo de civilización groseramente materialista que florece en los Estados Unidos el mucho más armoniosamente equilibrado que conoció la Grecia clásica y, según cree saber, ha resurgido en Francia. Sin duda, Rodó encontró más fácil lanzar ese desafío desde la modesta plataforma ofrecida por el diminuto Uruguay porque su país, aun en cuanto a los progresos materiales que invitaba a desdeñar, estaba, junto, con casi todo el resto de Hispanoamérica, finalmente avanzando a un ritmo comparable al de los Estados Unidos.³³

Pero esa es sólo una de las razones por las cuales las conclusiones pesimistas que inspirara la comparación entre el desempeño de la América antes española y la antes inglesa cuando se la había centrado en la de sus progresos político-institucionales tendían ahora a atenuarse. También influía en cuanto a esto que el fervor con que todavía en 1884 el general Bartolomé Mitre, primer presidente de la Argentina unificada, había celebrado a la república democrática como “la última forma racional y última palabra de la lógica humana, que responde a la realidad y al ideal en materia de gobierno libre”³⁴ parecía entibiarse cada día más. E influía también –como lo hace evidente la propuesta de Rodó, que ofrece como alternativa al modelo de civilización encarnado en los Estados Unidos el que Francia había heredado de la antigua Hélade- el hecho de que la derrota francesa de 1871, que consagró al Imperio Alemán surgido de ella como la primera potencia militar del planeta, al sumarse a la primacía marítima del imperio británico, había comenzado a ser vista como un signo claro de que era el entero conjunto de las naciones neolatinas el amenazado por una progresiva decadencia.. Vista desde esa perspectiva, la problemática específicamente hispanoamericana, cuya clave Bolívar había creído encontrar en el trauma de la conquista, y sus continuadores positivistas en la herencia biológica y cultural de las razas que ella había puesto en contacto, encuentra su nueva clave en la rivalidad entre las estirpes que se disputan el predominio en el Viejo Continente a partir de la invasión de los bárbaros, que se ha extendido a las tierras ultramarinas por ellas colonizadas.

Todos esos motivos ofrecen el trasfondo para un par de libros publicados en París por el peruano Francisco García Calderón. Mientras en *La creación de un*

³³ Así lo sugiere Victor Bulmer-Thomas (*The Economic History of Latin America since Independence*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, pp. 63-64).

³⁴ Bartolomé Mitre, *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, Buenos Aires, Anaconda, 1950 [1884], p. 53.

*continente*³⁵ estilizaba a la conquista española como la obra titánica de unos héroes cuyas hazañas, como las de los superhombres anunciados por Nietzsche, los ubicaban más allá del bien y del mal, en *Les Républiques Latines d'Amérique*³⁶ ofrecía al público francés una presentación no menos entusiasta de la obra constructiva que las naciones del subcontinente estaban llevando adelante -bajo la guía de caudillos y aristocracias herederos por igual de las virtudes sobrehumanas de esos ilustres antepasados-. Esta obra se traducían en experiencias democráticas que, gracias a su raíz latina, no necesitaban aplicar las recetas institucionales de los modernos regímenes representativos con la pedantesca literalidad de la que no podían prescindir las de raíz anglosajona. El texto de García Calderón estaba precedido de un prólogo en el que Raymond Poincaré, el futuro Presidente de la Victoria con la que Francia iba a lavar la humillación sufrida en 1871, compartía con su autor la esperanza de que una América Latina en ascenso se revelase capaz de restablecer desde el Nuevo Mundo un menos sesgado equilibrio entre las razas que se disputaban el predominio en el antiguo, donde las naciones latinas estaban siendo dejadas inexorablemente atrás por los avances económicos y técnicos de las germánicas y los demográficos de las eslavas.

Esta visión del papel reservado a Hispanoamérica en los choques de estirpes que enfrentarían de nuevo a las que por más de un milenio habían disputado la primacía primero en Europa y luego en el mundo atlántico, se inscribía en una narrativa histórica en que la problemática de la brecha no podía retener la centralidad que le habían reconocido tanto Bolívar como Sarmiento³⁷. No en su dimensión económica, y ello no sólo porque en el nuevo siglo el avance de las economías hispanoamericanas había alcanzado un ritmo comparable al de la estadounidense, sino porque el esperado choque decisivo en que habría de decidirse la primacía entre las estirpes rivales no tendría por teatro la economía sino el más tradicional de los campos de batalla. Y en el marco de esa visión del pasado y del futuro tampoco podría retener un lugar central la problemática político-institucional que había atraído la atención de Bolívar hacia la cuestión de la brecha. El conflicto inminente continuaba los que habían tenido por protagonistas a paladines militares desde Carlos Martel a

³⁵ Francisco García Calderón, *La creación de un continente*, París, Ollendorf, 1913.

³⁶ Francisco García Calderón, *Les démocraties latines d'Amérique*, París, E. Flammarion, 1912.

³⁷ Tanto García Calderón como Poincaré percibían al choque de estirpes como inminente.

Napoleón, y el duque de Wellington tenía un lugar porque junto con Blücher había consolidado la primacía de la estirpe germánica en la jornada de Waterloo, antes que como el paladín del conservadurismo extremo en el Parlamento de Westminster que había atraído la atención de Portales. Esa visión de pasado y futuro permitía medir hasta qué punto se habían debilitado, ya en vísperas de la guerra que les iba a inferir el golpe de muerte, los consensos político-ideológicos en que se apoyaban las exploraciones de la problemática articulada en torno al tópico de la brecha.

Los legados de la Primera Guerra Mundial

La inmensidad del conflicto en que esa Europa, se había precipitado ciegamente en 1914 hizo dudar de la validez de las enseñanzas que había venido prodigando al resto del mundo en cuanto a la ciencia y el arte de gobierno. Ese otro legado de la guerra, que fue la instauración por vía revolucionaria de un régimen político consagrado a imponer en Rusia un modelo de organización social y política alternativo al liberal y capitalista, probó que –contra el que había sido hasta entonces consenso dominante- un experimento socialista no estaba condenado de antemano a derrumbarse en pocas semanas aplastado bajo su propio peso. El fin del conflicto bélico inspiró dudas aun más precisas acerca del futuro de la capacidad del constitucionalismo liberal de completar la conquista del monopolio de legitimidad que había parecido estar a su alcance en el cuarto de siglo anterior al estallido de la Primera Guerra Mundial.³⁸

En 1923, se hizo evidente que los fracasos de los movimientos que en el convulsionado clima social de la temprana posguerra habían buscado inspiración en la revolución triunfante en Rusia eran ya irreversibles. Al mismo tiempo, la reacción que esas tentativas habían suscitado permitieron tomar el poder en Italia a un movimiento que, aunque se presentaba como alternativo al triunfante en Rusia, aspiraba como éste a llenar el vacío creado por el agotamiento de la etapa histórica marcada por la instauración de regímenes de democracia representativa. Así, el Viejo Mundo comenzaba a deslizarse hacia una secularizada guerra de religiones que amenazaba alcanzar dimensiones apocalípticas.

³⁸ Este modelo – el constitucionalista liberal – fue la opción que Hispanoamérica procuró con esfuerzo emular de Europa a partir del derrumbe de los imperios ibéricos.

En el Nuevo Mundo, la coyuntura de la primera posguerra fuese vivida con un ánimo muy distinto. Herida ya de muerte la hegemonía de Europa, los Estados Unidos, que habían ganado todo el terreno perdido por ésta en el campo económico y más aún en el financiero, en el que Nueva York ocupaba ahora la posición central que por más de un siglo había sido de Londres, renunciaron a desempeñar en los asuntos mundiales el papel al que su acrecido poderío parecía llamarlos. Si por un momento fugaz los norteamericanos habían parecido dispuestos a encolumnarse tras del proyecto de modelar al entero planeta sobre los principios que guiaban a su país desde sus orígenes revolucionarios, tal como lo había propuesto en 1917 a la nación y al mundo el presidente Wilson, en la década siguiente la concisa fórmula *The Business of America is Business*, ofrecida como implícita alternativa por el presidente Coolidge, iba a encontrar eco más duradero entre sus compatriotas.

El temple colectivo que iba a dominar en Hispanoamérica durante la década que separó al fin de la guerra del comienzo en 1929 de la más devastadora crisis económica hasta entonces conocida le inspiró también una reorientación hacia sí misma. Sin embargo, ésta iba a tener muy poco en común con la que triunfaba en la América neo-inglesa. La visión menos negativa del pasado hispanoamericano, que se había desplegado ya en 1912 en *La creación de un continente*, se afirmaba ahora aun más vigorosamente, pero el pasado que invocaba para ello tenía muy poco en común con el que en el relato de García Calderón había concedido el papel protagónico a los conquistadores y sus herederos.

Esa nueva imagen del pasado hispanoamericano proyectaba hacia él la irrupción de nuevos actores colectivos que tenía lugar en el presente. Al abrirse en el mundo la era de posguerra, la incorporación de las masas populares a la vida pública se había consumado ya pacíficamente en la Argentina y Uruguay. Sin embargo, no fue en esos países, en que los grupos indígenas supervivientes eran muy reducidos y la contribución genética del sector indígena al abrumadoramente mayoritario sector hispanizado se había visto decisivamente marginada como consecuencia de la masiva inmigración ultramarina, sino en México donde el triunfo de la revolución trajo consigo el de una ideología de estado que celebraba en el arribo del hasta entonces errante pueblo mexicano a la tierra que le había sido prometida el punto de partida de su historia nacional. En México, la incorporación de las masas populares se estaba consumando a través de un ciclo guerrero y revolucionario que superó en intensidad al que un siglo antes había culminado en la independencia. Esa modificación de la

imagen de pasado y presente era menos expresión de un rechazo nativista de todo lo aportado por los invasores ultramarinos que de la acrecida confianza en la capacidad para poner a México a la altura del mundo por parte de un estado que por primera vez aspiraba seriamente a constituirse en la expresión política de la entera nación.

Porque ese México, que reivindicaba más decididamente que nunca como su momento de origen el del legendario encuentro del águila con la serpiente, se enorgullecía también de haber ya tomado por propia iniciativa el camino que Europa intentaría luego abordar en los turbulentos y esperanzados primeros años de la posguerra; y podía invocar para ello argumentos sólidos. En efecto, dos años antes que la constitución de Weimar, la proclamada en Querétaro había ofrecido el primer ejemplo de un nuevo constitucionalismo que daba a los derechos sociales un lugar al lado de los individuales. Pero no sólo en México, sino en Hispanoamérica toda, el llamado problema social, cuya existencia había sido reconocida desde la última década del siglo anterior, era ahora inscripto en su agenda política y no sólo para impedir que se constituyese en una fuente de cada vez más violentas perturbaciones del orden social y político. Por añadidura, esa actitud, que se apoyaba a la vez en una valoración ahora menos pesimista de la experiencia histórica hispanoamericana y en una decididamente optimista de las posibilidades abiertas por la coyuntura de posguerra, que en Hispanoamérica iba a persistir más largamente que en Europa, no la encontramos tan sólo entre quienes desde posiciones de gobierno avanzaban en la estela del reformismo social desplegado por el nuevo régimen mexicano. La vemos reflejada también en los escritos del peruano José Carlos Mariátegui, de lejos el más valioso de los intérpretes de la realidad hispanoamericana a quienes el ejemplo ofrecido por la revolución rusa había llevado a hacer suya la versión leninista del marxismo adoptada por sus dirigentes.

*José Carlos Mariátegui y la visión global de la experiencia histórica
de Hispanoamérica*

Del rico, complejo y también ambiguo mensaje de Mariátegui (que celebraba en la experiencia leninista el fruto más significativo del mismo clima de posguerra que había visto desplegarse bajo signo fascista durante sus años de residencia en

Italia³⁹) nos interesa aquí lo que en él daba testimonio de un nuevo modo de concebir la inserción de la experiencia histórica hispanoamericana en la de la entera humanidad, que subtiende la visión de la de su nativo Perú desplegada en sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Según esta lectura, la conquista española puso fin a la vigencia de un sistema económico “que brotaba espontánea y libremente del suelo y la gente peruanos” en que “el trabajo colectivo, el esfuerzo común, se empleaban fructuosamente en fines sociales”⁴⁰. Sería erróneo concluir que en la visión de Mariátegui, así fuese al precio de poner fin a esa etapa venturosa, la conquista había incorporado plenamente al Perú al torrente de una historia que de europea se estaba haciendo universal. El gran relato que así la había presentado ha sido reemplazado por el que desde Engels había venido madurando en el marco de la tradición marxista. Desde esta óptica, la humanidad entera había sido desde su origen mismo la protagonista de un avance que, a partir de un indiferenciado comunismo primitivo, estaba recorriendo las etapas de un proceso que se acercaba ya al momento resolutivo en que emprendería el retorno a un comunismo capaz de superar las contradicciones a las que habían sucumbido los modos de producción que –a lo largo de una historia que había sido en rigor sólo prehistoria- habían venido sucediéndose al compás del creciente desarrollo de las fuerzas productivas, sin por ello sacrificar los frutos de los avances económicos acumulados a lo largo de la etapa que estaba a punto de ser dejada atrás.

Mariátegui está dolorosamente consciente de que su Perú, que está a punto de abordar esa radical transformación junto con el resto del planeta, ha sido muy mal preparado para ello por el legado de la conquista española, que ha reorganizado su sociedad sobre pautas feudales que aún sobrevivían, apenas ocultas bajo el aparato político y jurídico de signo individualista y liberal introducido en la etapa independiente. Pero para este seguidor del “comunismo de Marx y Sorel” (y sin duda más del segundo que del primero) el pasado peruano incluye también una alternativa más capaz de señalar un válido camino al futuro: la encarnada por esa sierra india y

³⁹ Así en un texto publicado en 1925 e incluido por Mariátegui en el volumen que él mismo había preparado para su publicación en vísperas de su muerte en 1929, pero sólo iba a ver la luz en 1950 (“La emoción de nuestro tiempo”, en José Carlos Mariátegui, *El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy*, segunda edición, Lima, Amauta, 1959, pp. 13-23).

⁴⁰ José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Lima, Editorial Librería Peruana, 1934 [1928], p. 7

campesina donde los “hábitos de cooperación y solidaridad”, que han logrado sobrevivir a los golpes sufridos bajo la colonia y la república, dan fe de la persistente “vitalidad del comunismo indígena”⁴¹. La memoria de ese comunismo originario, viva en las masas rurales que son mayoría en el Perú del siglo XX, está ya lista para alimentar uno de esos mitos cuya capacidad de movilizar y orientar el potencial revolucionario de las masas Sorel había enseñado a apreciar más positivamente que Marx, y que en el Perú habría de alinearlas tras de un proyecto revolucionario tan radical en sus ambiciones como el que en Rusia procuraba aplicar la lección de Lenin. De este modo, el protagonismo político que las masas campesinas habrían de conquistar gracias a su movilización revolucionaria cumpliría el milagro de permitir que un país, que en la etapa que se acercaba a su ocaso no había logrado avanzar al ritmo del capitalismo en ascenso, conquistase un lugar de vanguardia en la que se avecinaba.

Sin duda no fue esa propuesta política, que Mariátegui sólo alcanzó a articular casi en vísperas de su temprana muerte ocurrida en 1930 y que no alcanzó eco ni en los entonces incipientes partidos de obediencia soviética, ni en los de orientación reformista que iban a conquistar una base de masas en las décadas siguientes, la que – como señaló con entera justeza Richard Morse⁴² – le aseguró un lugar tan central en la historia intelectual hispanoamericana, como los que en el siglo anterior habían hecho suyos Bello y Sarmiento. Su conquista de ese lugar vino a premiar, en cambio, su capacidad de integrar en una persuasiva visión global de la experiencia histórica de Hispanoamérica los inconexos planteos que brotaban a cada paso en ese tiempo de febril exploración de temas y perspectivas constantemente renovados que fue el suyo. Así, el traslado a Hispanoamérica misma del foco de su historia, que fue indudablemente el elemento central del aporte de Mariátegui, había respondido de modo no menos indudable a la ya iniciada pérdida de la posición central que Europa había ocupado en la transición a una historia auténticamente universal cercana a completarse. Si el mensaje de Mariátegui encontró tan ancho eco entre sus contemporáneos fue en buena medida porque éstos percibían con igual claridad todo lo que esa pérdida significaba.

⁴¹ Mariátegui, *op. cit.*, p. 68.

⁴² Richard M. Morse, “La cultura política iberoamericana, de Sarmiento a Mariátegui”, en AAVV *De historia e historiadores. Homenaje a José Luis Romero*, México, Siglo XXI, 1982, pp. 225-257.

En ese nuevo contexto se hacía imposible abordar el examen de la experiencia hispanoamericana a partir de la problemática destinada a rearticularse en torno al tema de la brecha. En consecuencia, ella iba a sufrir así un temporario eclipse, inevitable cuando el desempeño de esa Europa que había ofrecido hasta la víspera el término de comparación utilizado para proclamar insatisfactorio el de Hispanoamérica estaba dando él mismo crecientes motivos de insatisfacción. Sin duda, ese eclipse no suponía necesariamente la adopción de un diagnóstico más positivo acerca de la situación presente y las perspectivas futuras de los países hispanoamericanos, pero de hecho en esos diez años que separaron el fin de la guerra del comienzo de la crisis reinó en este punto un temple decididamente optimista, que encontraba justificaciones en cada caso distintas. Mientras Mariátegui se apoyaba en su convicción de que el surgimiento de la revolución socialista en un área marginal a la de la Europa atlántica abría el camino a una historia por fin universal en que pueblos y continentes tendrían oportunidad de superar su marginalidad ofreciendo su aporte al proceso revolucionario abierto en 1917, buena parte de las elites sociopolíticas hispanoamericanas encontraban alentador el retorno, luego de la pausa impuesta por la guerra, de un auge exportador que, aunque a un ritmo espasmódico que no ofrecía garantía alguna acerca del futuro, superaba en más de un caso todo lo logrado antes de 1914.

El ascenso de Estados Unidos, la crisis de 1929 y el fin del optimismo

Esa visión de los problemas hispanoamericanos, ahora más centrada en la misma Hispanoamérica, restaba peso a las razones que habían llevado a quienes indagaban esos problemas a tomar a los Estados Unidos como un privilegiado término de comparación para medir logros y fracasos. Sin embargo, ella no podía dejar de tomar en cuenta las consecuencias que tenía para la región el ascenso de Estados Unidos en la primera posguerra. En parte, por la aceleración que la guerra y sus secuelas imprimieron al ascenso económico y financiero de Estados Unidos a escala mundial, pero en parte también por los episodios que tuvieron por teatro a Centroamérica y el Caribe en que, previa ocupación militar, Washington tomó en los hechos a su cargo, y por períodos prolongados, el gobierno de Nicaragua, la República Dominicana o Haití.

En los pequeños países que se sabían expuestos a sufrir experiencias semejantes a las de esas tres repúblicas, esos episodios lograron quebrar el optimismo característico de esta década. El efecto que alcanzaron en el resto de Hispanoamérica fue el de grabar aún más firmemente en la opinión colectiva la convicción de que la vecindad con los Estados Unidos estaba lejos de ser una bendición. A la vez que se escuchaba con mayor frecuencia la cita del “pobre México, tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos”, atribuida a Porfirio Díaz, se hacía también cada vez más frecuente proyectar la problemática relación con los Estados Unidos sobre la clave de un antiimperialismo en el que gravitaban y siguen hasta hoy gravitando, el influjo de Rodó y el de Lenin, en equilibrio tan inestable como perdurable.

Ese optimismo iba a ser brutalmente disipado en 1929 por el estallido de la más grave crisis económica de la entera historia del capitalismo. Sus devastadores efectos, comparables a los de un cataclismo natural que afectara a todo el planeta, hicieron que en 1933 un ex-ministro de hacienda de un ultra-conservador dictador militar argentino pudiera discutir sin sorprender a nadie si el sistema capitalista podría sobrevivir a ella⁴³. Pero esta vez lo que había venido a disipar el optimismo no era el desempeño de las economías hispanoamericanas, sino el de las que habían sido sus modelos hasta entonces inalcanzables. Si el descubrimiento de que así estaban ahora las cosas no llevó al repudio de la entera problemática que encontraría pronto nueva formulación en el tópico de la brecha ello se debió, sobre todo, a que la angustia que despertaba la durísima emergencia que se estaba viviendo no dejaba tiempo ni ánimo para prestar atención a problemas menos urgentes. Pero esa problemática no resurgió tampoco cuando comenzó a vislumbrarse el fin de la etapa en que la economía mundial parecía condenada a proseguir indefinidamente en caída libre, lo que comenzó a ocurrir precisamente a partir de 1933, y ello porque la experiencia de los años ya transcurridos permitía concluir que el impacto de la crisis había sido menos devastador para los mayores países hispanoamericanos que para los industrializados que habían hasta entonces buscado emular. Así, mientras la economía brasileña volvió a alcanzar en 1935 su nivel de 1929, y la argentina y la chilena lo lograron en 1937 y

⁴³ Enrique Uriburu, “La crisis económica del mundo”, en *Revista de Economía Argentina*, núm. 181, julio 1933 (hay que agregar que, siguiendo a Keynes, Uriburu concluía que el hecho de que no hubiera ya sucumbido autorizaba a esperar que sobreviviría a la crisis, pero sólo si advertía a tiempo que para ello “tiene que cambiar”).

1938, en los Estados Unidos sólo la enorme movilización económica provocada por la guerra conseguiría borrar los efectos de una crisis para entonces de más de diez años.

La Segunda posguerra y el retorno de la problemática de la brecha

El ingreso en la segunda posguerra significó un aún más decisivo punto de inflexión que el de 1929 en cuanto a la problemática que aquí nos interesa. Éste fue en efecto el momento en que las inquietudes que desde su origen mismo había despertado en las naciones hispanoamericanas la búsqueda nunca plenamente satisfecha de un lugar en el mundo encontraron su expresión privilegiada en el tópico de la brecha entre la América neo-británica y la neo-ibérica. Y ello por dos razones. Por una parte, los efectos combinados de la enorme expansión de la economía estadounidense y el impacto fuertemente negativo que los años del conflicto habían ejercido sobre Europa continental y el Japón habían hecho por fin de los Estados Unidos el único término de comparación imaginable cuando se trataba de apreciar la eficacia con que las naciones latinoamericanas –junto con las restantes del planeta– afrontaban los problemas que les planteaba su economía -. Por otra parte, un muy fuerte consenso dentro de esas repúblicas coincidía en la noción de que la etapa de reconstrucción que estaba por abrirse a escala mundial les ofrecía una oportunidad, quizá irrepetible, para probar que eran capaces de dejar atrás el atraso económico que las había caracterizado desde el momento mismo en que se habían incorporado al concierto de las naciones.

Aunque la convicción de que nada menos que eso estaba en juego impedía que se afrontara el desafío con el corazón ligero, ella no dejaba de basarse en el supuesto en suma optimista de que la superación del secular atraso latinoamericano se había hecho finalmente posible. Y ese optimismo entró en un ambiguo contrapunto con el que iba a florecer, tanto en el que pronto comenzaría a llamarse Primer Mundo como en el que ya era conocido como el mundo socialista, a medida que se hizo cada vez más claro que la reconstrucción de posguerra, tras de avanzar más vigorosamente que la que había seguido al anterior conflicto, dejaba paso a una etapa ascendente de la economía mundial destinada a superar en duración e intensidad a cuanto se había conocido en el pasado.

La súbita popularidad que tanto en Hispanoamérica como en el Primer Mundo vino entonces a rodear a la temática de la economía del desarrollo sugiere que el optimismo que reinaba en ambas partes se apoyaba en algunos supuestos compartidos acerca de los requisitos que una economía nacional debe llenar para alcanzar un desempeño exitoso. Quizá el más significativo entre los así compartidos era el que postulaba que para alcanzar éxito duradero una economía debe avanzar siguiendo un rumbo válido para todas ellas, cuyas etapas Rostow especificó en su ya evocado manifiesto de 1960. Sin duda, el paralelismo de esos avances se percibía mejor cuando se los contemplaba desde una distancia que eliminaba los detalles, y Alexander Gerschenkron sabía de qué hablaba cuando aludía al *delightful pressapochismo* que caracterizaba a ese manifiesto.⁴⁴ La imagen que Rostow trazaba de las etapas del desarrollo económico de modo genérico y aproximativo no reflejaba ninguna incapacidad de alcanzar mayor precisión de su parte. Sus admirables estudios sobre la economía británica en el siglo XIX serían suficientes para disipar cualquier duda en cuanto a este punto. Lo que Rostow ofrece al lector de *The Stages of Economic Growth* está más cerca de lo que un siglo y medio antes se solía ofrecer bajo el rótulo de filosofía de la historia que de una reconstrucción histórica de la etapa abierta por la revolución industrial.

Así, cuando Rostow proyectaba un futuro en que la entera humanidad habría de gozar indefinidamente de los frutos cada vez más abundantes de la revolución industrial, no hacía sino traducir al lenguaje propio de una filosofía de la historia la convicción de que era esa revolución la que ofrecía ya el tema central a su historia presente. El amplísimo eco suscitado por esa visión profética reflejaba el general asentimiento acerca de esta última conclusión del que también participaban quienes desde Hispanoamérica se lanzaban a explorar la temática del desarrollo. Sin embargo, eso no impedía que contemplaran el proceso abierto por una revolución industrial que parecía destinada a no detenerse hasta consumir la conquista del entero planeta desde una perspectiva que se apartaba en otros aspectos esenciales de la de quienes lo hacían desde su originario foco nor-atlántico. Y se comprende por qué: mientras quienes vivían la coyuntura de la segunda posguerra desde ese foco, que tras de dejar atrás una era de devastadoras turbulencias se preparaba a dejarse llevar de nuevo por la

⁴⁴ Alexander Gerschenkron "The early phases of industrialization in Russia; afterthoughts and counterthoughts", en Walt Whitman Rostow, ed., *The Economics of Take-Off into Sustained Growth*, London-New York, Macmillan -St. Martin Press, 1965; la expresión citada en p. 166

corriente sobre la que había venido avanzando tan gallardamente hasta tropezar con ese accidente en el camino, podían permitirse contemplar el presente y futuro con un optimismo sin mezcla, quienes vivían esa misma coyuntura en una región del planeta que no contaba en su pasado con avances comparables, el avance del centro hacia la prosperidad volvía a poner en la agenda inmediata el inveterado problema de su retraso regional, para cuya exploración la temática del desarrollo había venido a ofrecer nuevos instrumentos..

Aunque nada justificaba concluir a partir de la presencia de ese retraso como rasgo común a todas las naciones hispanoamericanas que éstas hubieran seguido hasta entonces rumbos paralelos, quienes desde ellas se planteaban una vez más el problema que las afectaba a todas se interesaban menos por lo que había diferenciado a sus trayectorias pasadas que por las consecuencias actuales que para todas ellas tenía su persistente incapacidad de superarlo. Sin duda, fue esa circunstancia la que facilitó su alineamiento tras de la requisitoria que en su nombre iba a llevar a los foros internacionales Raúl Prebisch, a partir de una experiencia tan poco generalizable como lo había sido la argentina .

Raúl Prebisch: apogeo y declinación de la problemática del desarrollo

Aunque Prebisch había utilizado su paso por la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires para adquirir una formación económica sólida, sólo tardíamente iba a interesarse por la dimensión teórica de la disciplina. Así lo atestigua Ernesto Malaccorto, su condiscípulo en la Universidad y luego su eficaz colaborador, cuando nos muestra al Prebisch apenas egresado de ella, y ya a los veintidós años caudillo intelectual para sus camaradas de promoción, incitándolos a ver más claramente “lo que [querían] como planteo de políticas económicas o sociales”. Fue escuchado: siguiendo sus directivas –prosigue Malaccorto- “cada uno de nosotros buscó ir a algún sector de la vida nacional, donde poder madurar sus propias ideas y perfeccionar sus conocimientos”⁴⁵.

Prebisch comenzaba así una trayectoria constantemente ascendente que, entre 1930 y 1943, haría de él la figura protagónica de la etapa profundamente innovadora

⁴⁵ “Entrevista con el doctor Ernesto Malaccorto, agosto de 1971” en Biblioteca de la Universidad Torcuato Di Tella, Archivo del Proyecto de Historia Oral del Instituto Torcuato Di Tella.

abierta para la política económica del Estado argentino por la necesidad de improvisar respuestas al inmenso desafío planteado por la crisis. Cerrada esa etapa, cuando un golpe militar derrocó al régimen político –dotado él mismo de una muy dudosa legitimidad constitucional-, se abrió para él una nueva en que se constituyó –primero desde la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) dependiente de las Naciones Unidas, de la que fue Secretario General entre 1950 y 1962, y a partir de 1965 desde la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD)- en vocero de esa periferia del mundo capitalista, cuyas dificultades para acortar distancias con su centro, con las que se había familiarizado a través de su experiencia argentina, iba proyectar sobre un escenario que no cesaría de ensancharse hasta alcanzar las dimensiones del planeta.

Hay un rasgo que conviene subrayar aquí entre los varios del proyecto y la trayectoria de Prebisch que autorizan -tal como lo señaló agudamente Joseph Hodara.⁴⁶- a agregar su nombre a la secuencia de los de caudillos culturales hispanoamericanos que incluye los de Sarmiento y Mariátegui, Como había ocurrido en ellos, también en Prebisch la elaboración de una cierta problemática teórica fue puesta de antemano al servicio de un proyecto de transformación de la realidad hispanoamericana destinado a culminar en iniciativas prácticas que sólo podrían alcanzar la deseada eficacia si quien las emprendía había ganado el poder o la influencia que podía asegurársela. Ese requisito, que hasta 1943 Prebisch había podido satisfacer bajo la figura del *grand commis d'État* que precozmente había encarnado en su patria, tras de verse despojado de esa investidura, buscó satisfacerlo – tal como señala, una vez más con total justeza, Hodara- asumiendo la del profeta que habla en nombre de la marginada mayoría de la humanidad.

Una consecuencia de ese rasgo es la relación sesgada que a lo largo de toda su carrera mantuvo Prebisch con la economía como disciplina teórica; mientras en su primera etapa su atención se concentró, por así decirlo, más acá de ella, en busca de soluciones *ad-hoc* para problemas puntuales, en la posterior a 1943 se proyectó cada vez más allá de ella, hacia el horizonte profético y utópico iba a caracterizaría a sus últimas intervenciones. Hay que agregar que, en Prebisch, como en sus grandes antepasados intelectuales, esa relación sesgada favorecía una tendencia al eclecticismo de ideas y doctrinas, aún más acentuado en su caso porque el profeta era

⁴⁶ Joseph Hodara, *Prebisch y la CEPAL. Sustancia, trayectoria y contexto institucional*, México, El Colegio de México, 1987, p. 12

a la vez un funcionario internacional, y estaba como tal muy consciente de la necesidad de articular su mensaje en términos que no alarmasen en exceso a ningún sector de su diversificada audiencia.

Pero creo que sería erróneo ver en la frecuencia con que Prebisch ponía a cargo de los estados latinoamericanos, tal como en los hechos existían y funcionaban, la introducción de innovaciones que no sólo metafóricamente pueden calificarse de revolucionarias, tan sólo una estrategia destinada a hacer más fácilmente aceptables por su heterogénea audiencia propuestas que requerían la toma de audaces decisiones políticas que mal podría esperarse de ellos⁴⁷. Es probable que pesara también sobre él, quizá más de lo que él mismo advertía, el recuerdo de cómo había recibido un viernes la autorización del dictador militar que a fines de 1931 ejercía la presidencia de la Argentina para proyectar el decreto ley que posibilitaría introducir el impuesto a la renta en este país. Este decreto, redactado en un febril fin de semana, se transformó pocos días después en ley de la nación.⁴⁸ ¿Pero hasta qué punto conservaba ese recuerdo su relevancia en la coyuntura de la segunda posguerra? Porque conviene no olvidar que sólo la hondura alcanzada por la crisis podía explicar que un gobernante de inclinaciones ultra-conservadoras hubiera puesto decisiones como ésta en manos del precoz caudillo de una turbulenta promoción juvenil que compensaba la falta de toda experiencia de gobierno con la abundancia de ideas que, en el círculo entonces gobernante, eran caracterizadas –y no con intención elogiosa- como avanzadas.

Al apoyarse en ese recuerdo para asignar al Estado realmente existente el papel protagónico en la introducción de las reformas que juzgaba ineludibles, Prebisch hacía suya una actitud muy compartida durante la vigencia del esperanzado temple colectivo que caracterizó –y no sólo en Latinoamérica- a la etapa de auge de la temática del desarrollo. Sin duda fue ese temple el que inspiró una confianza que retrospectivamente parece muy poco justificada en que la instauración de un ordenamiento monetario y financiero mundial, aún más sólido que el vigente antes de 1929, imprescindible para alcanzar el pleno resurgimiento del mercado mundial que había entrado en progresivo eclipse a partir de esa fecha, no afectaría el protagonismo que –precisamente en respuesta a ese mismo colapso- el Estado había conquistado en

⁴⁷ Tanto desde la izquierda como desde la derecha, la introducción de estas innovaciones sería denunciada como en exceso oportunista.

⁴⁸ Vale señalar que la introducción de este impuesto había sido propuesta en vano al Congreso por dos presidentes en la década anterior.

la esfera económica durante la era de turbulencias que se esperaba haber dejado definitivamente atrás.

A pesar de todas las diferencias entre la visión del presente y del futuro que desde la periferia desplegaba Prebisch y la que proponía Rostow desde el que era más que nunca centro del Primer Mundo, ese temple optimista hacía que en ambas partes los avances del presente fueran vistos como continuación de los de un pasado con el cual ese presente tenía, sin embargo muy poco en común. A la vez, estos mismos avances fueron percibidos como un anticipo de los que los prolongarían en la misma dirección hacia un indefinido futuro. Y es quizá esa doble prolongación imaginaria la que hace que la etapa de apogeo de la problemática del desarrollo, que cubrió en verdad sólo un momento fugaz, conserve en el recuerdo la maciza presencia de la que ofrece a su manera testimonio la reaparición del término en el título de este libro.

Es preciso subrayar qué breve fue la etapa en que mantuvieron plena vigencia una temática y una problemática que iban a dejar huella perdurable en la historia del siglo XX, y no sólo por cierto en Latinoamérica. Así lo revela el hecho de que, no más de veinte años después de la publicación del “manifiesto no-comunista” de Rostow, Albert Hirschman, que tanto había hecho por introducir esa problemática, pudiera volver sobre el entero episodio una mirada inequívocamente retrospectiva⁴⁹.

Hay un rasgo común a las variadas teorías del desarrollo que explica quizá mejor que cualquier otro que su declinación haya seguido tan de cerca a su auge: puesto que en el corazón de todas ellas se esconde una filosofía de la historia que supone inevitablemente una apuesta acerca del futuro, difícilmente hubieran podido sobrevivir al desmentido que hubo de infligirles ese futuro cuando se hizo presente. Ello iba a ocurrir en el Primer Mundo cuando la onda expansiva abierta en 1945, y prolongada contra toda expectativa razonable por treinta años, dejó paso a un estancamiento que sólo esquivó caer en recesión recurriendo en dosis cada vez menos prudentes al peligroso remedio inflacionario. Hacia 1980, cuando se hizo preciso renunciar a ese remedio porque amenazaba escapar a todo control, no quedó ya duda de que lo que se estaba viviendo no era la apoteosis final de la civilización industrial profetizada veinte años antes por Rostow, sino el ingreso en una nueva era que algunos caracterizaban ya como post-industrial.

⁴⁹ “The Rise and Decline of Development Economics”, en Albert Hirschman, *Essays in Trespassing. Economics to Politics and Beyond*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981.

Mientras que en el Primer Mundo la problemática del desarrollo pudo así abandonar apaciblemente la escena tras de haber avanzado casi sin encontrar obstáculos a lo largo de esos tres decenios de excepcional bonanza económica, su trayectoria latinoamericana fue desde el comienzo más agitada. Quizá ofrezca una clave de esa divergencia la presencia en las propuestas desarrollistas de un rasgo que –como señaló muy fundadamente el mismo Hirschman - no dejaba de parecer notable cuando apenas acababa de dejarse atrás una etapa en que, en medio de conflictos y convulsiones de intensidad antes desconocida, varias de las mayores naciones que habían alcanzado un altísimo grado de desarrollo cayeron víctimas de los más calamitosos “descarrilamientos históricos”.⁵⁰: Este rasgo era la noción de que, una vez cruzado el umbral del desarrollo económico, éste seguiría avanzando, por así decirlo, automáticamente, al resguardo de calamidades frente a las cuales esa reciente experiencia parecía haber probado, más allá de toda duda, que estaba lejos de haberse hecho invulnerable.

Era precisamente esa compartida convicción de que, una vez cruzado un cierto umbral, el proceso de desarrollo se constituía en *causa sui*, la que inspiraba reacciones divergentes entre quienes asistían a sus avances desde el centro y desde la periferia. En efecto, esa visión del proceso de desarrollo alcanzaba un corolario que Rostow se había encargado de explicitar cuando hizo del “despegue” (*take-off*) su momento decisivo: puesto que los mecanismos que entraban en juego a partir de él aseguraban que, una vez atravesado ese umbral, la economía habría encontrado ya el rumbo sobre el cual habría de seguir avanzando indefinidamente. La opción por el desarrollo se convertía en una irrepetible apuesta a todo o nada, frente a la cual reaccionaban con ánimo muy distinto quienes estaban seguros de haberla afrontado con éxito y quienes desde América Latina, donde –como había enseñado Prebisch- toda demora en encarar ese desafío disminuía las probabilidades de superarlo. La conciencia de que había llegado el momento de hacerlo llevaba a leer malos presagios en desempeños económicos menos insatisfactorios de lo que suele recordarse. Esto permite entender, por ejemplo, que en esos años la Argentina se constituyese en el ícono del fracaso latinoamericano, pese a que su tasa de crecimiento posterior a 1945 había sido más alta que la de los Estados Unidos, y que ni aun el desempeño del Brasil, que a fines de los cincuenta había alcanzado la más alta de todos los países no socialistas, pudo ser

⁵⁰ Hirschman, “The Rise and Decline of Development Economics”, en Hirschman, *op. cit.*, p. 23.

reconocido como totalmente exitoso, puesto que se estaba revelando insuficiente para encarrilar firmemente a su economía en la ruta de un desarrollo sostenido.

Los años sesenta: la década anunciada de la decisión

Pero otro rasgo de la coyuntura vigente al abrirse los años sesenta contribuyó a diferenciar aún más la lectura que de ella se hacía desde el centro y desde la periferia latinoamericana. Quienes la leían desde el centro, luego de años de contemplar el impetuoso avance de sus economías sobre la ruta del desarrollo, sin que la presencia de un conflicto político-ideológico que en más de una oportunidad había amenazado hundir al planeta en una catástrofe de dimensiones apocalípticas constituyera un obstáculo para esos avances triunfales, comenzaban a tener por válida la redefinición de ese conflicto como la pacífica rivalidad de dos competidores en la carrera del desarrollo. Muy distinta era la perspectiva desde la cual se contemplaba esa misma coyuntura desde ese Tercer Mundo que ofrecía –puesto que persistían aún en él las turbulencias y los conflictos que se daban por superados en los otros dos- un campo propicio para proseguir en él, así fuese en tono decididamente menor, las disputas que hubiera sido demasiado peligroso continuar encarando a escala planetaria. En consecuencia, cuando se contemplaba la problemática del desarrollo desde ese Tercer Mundo, era difícil hacerlo desde la olímpica altura que permitía a Rostow integrar en un único proceso los avances que en la ruta del desarrollo habían realizado la Rusia imperial y la URSS: allí el camino capitalista y el socialista seguían siendo vistos como los dos términos de una opción que permanecía abierta.

Así, ya antes de que con la revolución cubana la presencia de esa opción alcanzara en Latinoamérica un impacto de intensidad impensable hasta su víspera, la problemática del desarrollo pudo ser vista en la región desde una perspectiva diferente de la predominante en los países centrales. Dos libros publicados en 1959 por el brasileño Celso Furtado⁵¹ y el chileno Aníbal Pinto Santa Cruz⁵² reflejaban la visión que, bajo la inspiración de Prebisch, iba a hacer suya la CEPAL al retomar el escrutinio de la entera experiencia histórica latinoamericana, en busca una vez más de

⁵¹ Celso Furtado, *Formação economica do Brasil*, Rio de Janeiro, Fundo de Cultura Economica, 1959.

⁵² Aníbal Pinto Santa Cruz, *Chile, un caso de desarrollo frustrado*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1959.

la clave del tenaz atraso económico de la región. El mismo se atribuía a los específicos obstáculos encontrados por Latinoamérica en sus esfuerzos por construir una economía industrial madura que, en la visión de Prebisch, era imprescindible si el subcontinente aspiraba a escapar a las consecuencias cada vez más graves del creciente desequilibrio en el intercambio entre las economías periféricas, todavía orientadas hacia la producción agrícola y minera, y las plenamente industrializadas del centro.

Pese a las diferencias de enfoque que son consecuencia de todo lo que hace que las experiencias históricas de Brasil y Chile tengan muy poco en común, la reconstrucción que de ellas trazan Furtado y Pinto Santa Cruz comparte algo más que una línea narrativa cuya meta final es la implantación de una madura economía industrial. Además, tienen en común un optimismo acerca del curso que tomará el avance hacia esa meta que ni siquiera necesita proclamarse, porque puede leerse entre líneas a todo su largo. Creo que sería erróneo ver en ese optimismo tan sólo la huella de una fe acaso excesiva en la estrategia preconizada por la CEPAL, cuando era un reflejo latinoamericano del *Zeitgeist* propio de una etapa en que los avances de la economía a escala mundial parecían prontos a quebrar todas las barreras.

El estado de ánimo colectivo reflejado en esa visión optimista, que iba a sobrevivir al ingreso de Latinoamérica en una zona en que la Guerra Fría amenazaba a cada paso alcanzar temperaturas de incendio, contribuyó a que la revolución cubana fuera vista por muchos como la prueba de que no sólo en el terreno de la economía lo que había sido siempre imposible había dejado misteriosamente de serlo. En particular, dentro de la franja de opinión de izquierda, que hasta entonces había vivido resignada a una marginalidad que no creía posible superar en un futuro cercano, el triunfo de esa revolución sugería que el camino insurreccional quizá no estaba tan cerrado como lo habían supuesto, tanto los dirigentes de partidos de masas de inspiración parcialmente marxista, que en Perú y Venezuela se habían resignado a practicar un reformismo cada vez más cauteloso, y estaban ahora firmemente alineados con los Estados Unidos, cuanto los del comunismo de impronta soviética, a cuyo juicio las “condiciones objetivas” nunca estaban suficientemente maduras para emprender la lucha final.

Como es sabido, en la década del sesenta la introducción de esa alternativa en la práctica política latinoamericana contribuyó a agudizar aún más las tensiones que estaban ya ganando de todos modos en intensidad junto con las transformaciones

económico-sociales en curso, hasta alcanzar niveles insoportables en la década siguiente. El fracaso de la zafra de diez millones de toneladas en su año inicial, de la que la revolución cubana había querido hacer la piedra de toque de la validez de su opción socialista, pudo ser visto como un signo de que lo imposible estaba volviendo a ser imposible (o quizá de que nunca había dejado de serlo).

Se cerraba así la década anunciada en Latinoamérica como la de la decisión. Aunque esa decisión no se había alcanzado, que se clausurara bajo el signo de ese fracaso, sugería en qué dirección se estaba orientando la etapa de confrontaciones cada vez más duras que iba a alcanzar su paroxismo a mediados de la siguiente. A lo largo de los años 1960, el subcontinente había parecido cercano a ganar ese protagonismo a escala mundial que Mariátegui le había augurado en la década de 1920. Un signo de ello fue que las vicisitudes que le tocó atravesar fueron seguidas desde el llamado Primer Mundo con más atención que nunca en el pasado, hasta el punto de que fueron dos observadores-participantes provenientes de ese Primer Mundo quienes ofrecieron interpretaciones de esa etapa, cuyas conclusiones iban a alcanzar enorme influencia en Latinoamérica misma.

Debray, Frank y Galeano: el retorno a las fuentes

Como es sabido, en la esfera política fue decisiva la contribución de Régis Debray⁵³, invocada por quienes proponían la creación en algún rincón del macizo andino de un reducido pero inexpugnable foco revolucionario, suficiente a su juicio para acelerar la maduración de las “condiciones objetivas” hasta el punto de transformar a la entera cordillera de los Andes –según rezaba una consigna entonces popular- en una Sierra Maestra a escala continental. El eco que suscitó esa propuesta audaz reflejaba el temple mucho menos esperanzado que reinaba ahora entre muchos de los que habían celebrado a la revolución cubana como la divina sorpresa que anunciaba una nueva aurora. Luego de una década, mientras encontraban cada vez más difícil seguir creyendo que la revolución fuera la dueña del futuro, estaban más convencidos que nunca de que sólo de esa revolución, que comenzaban a sospechar imposible, podían provenir las soluciones que Latinoamérica necesitaba.

⁵³ Régis Debray, *Révolution dans la révolution? Lutte armée et lutte politique en Amérique Latine*, París, Maspéro, 1967.

Ese mismo clima de impaciencia creciente también explica que la visión de la experiencia histórica latinoamericana desplegada en los escritos de André Gunder Frank encontrara el amplísimo eco que efectivamente suscitó, y que debía menos a sus muy problemáticos aportes teóricos que a su capacidad de dar expresión a un estado de ánimo colectivo en que la audacia del desafío se ofrecía como el único antídoto todavía disponible contra la desesperación. En efecto, su presentación de la entera experiencia histórica abierta por la conquista como una de degradación creciente, impuesta por mecanismos que desde ese momento inicial aseguraron que el desarrollo capitalista del centro tuviese por contrapartida el cada vez más extremo subdesarrollo de la periferia, vino a ofrecer la caución teórica para la deriva voluntarista que en el plano de la práctica política reflejaba la propuesta de Debray.

Mientras esta última iba a ser caritativamente olvidada, luego de que los ensayos por ella inspirados dejaron como único legado la memoria de una nueva hornada de mártires de la causa revolucionaria, las claves propuestas por Frank para la experiencia histórica de América Latina, que habían encontrado desde el comienzo una recepción harto reticente entre sus colegas latinoamericanos, iban a sobrevivir como el sucinto cañamazo teórico sobre el cual el periodista y narrador uruguayo Eduardo Galeano habría de bordar ese rico tapiz histórico que son *Las venas abiertas de América Latina*⁵⁴. Si ese libro sigue siendo, más de un cuarto de siglo después de su aparición, uno de los más durables *best-sellers* de la edición hispanoamericana, ello no se debe tan sólo a que en él se despliegan talentos narrativos que exceden con mucho los necesarios para dar eficacia a la prosa periodística. Además, ha contribuido a ese éxito la fidelidad con que refleja el temple colectivo surgido del fracaso del desafío revolucionario, del que sólo sobrevive un sordo rencor que no ha renunciado del todo a la esperanza de que un milagro le permita alguna vez traducirse en acción. Ese temple colectivo encuentra su expresión en una narrativa histórica que hace del todo explícito lo que Aníbal Pinto había percibido en el trasfondo de la visión latinoamericana de Frank, a saber “un cierto dejo bíblico [que la] equipara a una aplicación social de la leyenda del pecado original”⁵⁵.

⁵⁴ Eduardo H. Galeano, *Las venas abiertas de América Latina*, México, Siglo XXI, 1971.

⁵⁵ Aníbal Pinto Santa Cruz, Prólogo a la tercera edición de “Chile, un caso de desarrollo frustrado”, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1973, p. 19.

Sin duda, el retorno a las fuentes que el aporte de Frank significó para la problemática de la brecha es menos completo de lo que el juicio de Pinto invita a concluir. En efecto, es significativo que tanto para Frank como para Galeano, Iberoamérica pague más inequívocamente que para Bolívar pecados ajenos. Mientras para éste el pecaminoso legado de los “tigres cazadores”, cuya irrupción había instalado a Iberoamérica en la pesadilla de su historia, estaría para siempre presente en esa nueva estirpe hispanoamericana, en cuyas venas su sangre corre unida con la de sus víctimas, para aquéllos Iberoamérica sigue siendo, como en el primer día de su conquista, la víctima inocente de un centro capitalista que ejerce el crimen a distancia, y aunque cuenta en la periferia con cómplices sin los cuales no podría dominarla y explotarla, esas figuras al cabo marginales están destinadas a desaparecer junto con el vínculo de dependencia del que son instrumento necesario.

Fernando Henrique Cardoso: el desarrollo dependiente–asociado

Aunque por razones profundamente distintas, las vicisitudes atravesadas por Latinoamérica en la convulsionada década de 1960 restaron también atractivos a la opción reformista, que en el umbral de ese decenio había contado con un universal consenso favorable, del que había dado testimonio el eco alcanzado por la propuesta de que los Estados Unidos destinaran treinta mil millones de dólares a programas de progreso tecnológico y reforma social en América Latina, lanzada por Fidel Castro en nombre de la victoriosa revolución cubana. Recogida de inmediato por el presidente brasileño Juscelino Kubitschek bajo el rótulo de Operación Panamericana, iba a fructificar finalmente en la Alianza para el Progreso patrocinada por los Estados Unidos a iniciativa del presidente Kennedy. Las huellas de los planteos de la CEPAL eran claramente reconocibles en la visión de la problemática económica y social latinoamericana de la Alianza (así, por ejemplo, en el papel que asignaba tanto a la reforma agraria como a la fiscal, destinada esta última a terminar con sistemas impositivos que en su afán por aliviar las ya suficientemente ligeras cargas que recaían sobre las clases propietarias condenaban al fisco a perpetua penuria).

Como era esperable, el apoyo norteamericano estuvo lejos de facilitar la adhesión de los sectores progresistas latinoamericanos al programa de la Alianza. Pero no sólo influyó en este punto el papel asignado a la Alianza en la estrategia de la Guerra Fría; también pesaba, en lo que se refiere a la participación de los Estados

Unidos en ese programa, que las iniciativas planeadas y financiadas por el Estado quedaran relegadas a un muy remoto segundo plano. En efecto, aunque en cuanto a su costo total el proyecto iba a retener la cifra de veinte mil millones de dólares a la que Kubitschek había reducido la propuesta por Castro, no sólo se estipulaba que la mitad de esos fondos debían provenir de los países en que los programas de la Alianza iban a implementarse, sino que se planeaba cubrir el 90% de la contribución asignada a los Estados Unidos con inversiones privadas directas. No ha de sorprender que a quienes compartían ese consenso progresista ésta haya parecido razón suficiente para rechazar una propuesta que recogía algunas de sus más arraigadas aspiraciones, pero que se disponía a implementarlas por un camino que –estaban convencidos- lejos de abrir el acceso a un desarrollo independiente, aseguraría la perpetuación de la dependencia y, por lo tanto, del subdesarrollo.

Para algunos era ya claro a fines de la década que ésta había introducido cambios suficientes para hacer parcialmente inactuales los diagnósticos y pronósticos compartidos por ese consenso. Tocó al brasileño Fernando Henrique Cardoso ofrecer en un conjunto de ensayos que vieron la luz entre 1972 y 1979, a los que reunió en 1980 en *As idéias e seu lugar*, hacer un balance cada vez más preciso de lo que esos cambios habían aportado y sobre sus consecuencias futuras. Tras de reivindicar tanto los diagnósticos originariamente adelantados por la CEPAL, en cuanto significaron un claro avance sobre las concepciones que prevalecían en los medios académicos de los años cincuenta, cuanto la validez de las contribuciones aportadas en otros trabajos más recientes a la temática de la dependencia por estudiosos vinculados con esa institución, Cardoso sostenía que cuando se examinaban las transformaciones maduradas a partir de 1960 se imponía la conclusión de que mientras la situación de dependencia no había perdido nada de su intensidad, todo sugería que ella no era incompatible con la continuación de un proceso que no cabía sino llamar de desarrollo, así avanzara éste sobre una línea muy distinta de la que la CEPAL hubiera preferido verle tomar. En ese proceso, que Cardoso caracteriza como dependiente-asociado, la industrialización, que corre casi exclusivamente a cargo de las empresas multinacionales, se reorienta a la producción de bienes de consumo duradero sólo accesibles para el sector de más altos ingresos. Esa es la razón por la cual, decepcionando a quienes esperaban que el impacto negativo de la derrota sufrida por las movilizadas masas populares sobre su nivel de ingresos, al reflejarse en la retracción del consumo popular de los productos de la industria, condujera a un

crónico estancamiento económico al que terminaría por buscarse remedio a través del retorno a pautas de distribución menos desiguales, la economía pudo seguir avanzando mientras crecía la desigualdad social.⁵⁶

Desde el punto de vista que aquí nos interesa, hay dos aspectos en el planteo de Cardoso que son particularmente significativos. Uno de ellos es la perduración en él de los rasgos que habían definido el estilo intelectual latinoamericano. En primer lugar, el sistemático esfuerzo por asegurar que su problemática teórica se mantuviera constantemente dispuesta a dar cuenta de las modificaciones de una realidad político-social en constante cambio. Este rasgo, que Cardoso comparte con quienes, como Sarmiento, no poseen sus irreprochables credenciales académicas, le hace posible advertir el sentido y los alcances de los cambios que acaba de atravesar Iberoamérica con la misma rápida clarividencia con que la generación argentina a la que perteneció Sarmiento había percibido los de las revoluciones de 1848 y su desenlace. El otro aspecto que conviene subrayar es la interpretación que Cardoso ofrece de esos cambios. Aunque los juzga del todo negativamente, los proyecta sobre un contexto muy distinto del preferido por quienes seguían viendo a la década que acababa de cerrarse como la de la decisión: para él, ésta ha marcado tan sólo un punto de inflexión en el curso de un proceso histórico de largo aliento en que las relaciones de fuerza entre las clases habían conocido ya altibajos y volverían sin duda a conocerlos en el futuro.

En el planteo de Cardoso se refleja algo más que su disposición a percibir con mente abierta los signos anunciadores de un cambio de rumbo que nadie hubiera creído posible en 1960; por añadidura, el ánimo con que presenta esa inesperada alternativa es decididamente menos pesimista que el dominante entre quienes habían asistido a las tormentas de la década previa desde su mismo cuadrante ideológico, en cuanto anticipa que en el futuro éstos deberán retomar sus esfuerzos desde un lugar más difícil, pero no que no les queda ya lugar en la arena política iberoamericana. Sin duda, en ese rehusarse a cualquier conclusión desesperada influye que en la visión de Cardoso su nativo Brasil ocupa el centro de la escena. Aunque el triunfo en ese país de las fuerzas contrarrevolucionarias había reemplazado en 1964 al régimen constitucional por uno semi-militar que en 1968 había extremado sus aristas

⁵⁶ Fernando Henrique Cardoso, "L'originalité de la copie: la CEPAL et l'idée de développement" en *Les idées à leur place*, París, Métaillié, 1984 (versión francesa de *As idéias e seu lugar*, Sao Paulo, Vozes-Cebrap, 1980), pp 19-69.

represivas, al avanzar la década siguiente se hizo cada vez más dudoso que el giro hacia la dictadura hubiese introducido a Brasil en un camino sin retorno. A partir de ese mismo año 1968, la economía brasileña había retomado su avance sobre la ruta del desarrollo dependiente-asociado con un ritmo aún más rápido que en los años más exitosos de la etapa anterior al cambio de régimen (en que –conviene recordarlo– ésta había avanzado ya considerablemente sobre esa misma ruta en un marco político que era todavía de democracia representativa).

El curso que tomaría el proceso brasileño en los años trascurridos desde que Cardoso ofreció su diagnóstico y pronóstico ha venido a confirmar hasta qué punto éstos habían sabido hacer justicia a lo que hace la peculiaridad de ese proceso en el marco latinoamericano. Porque no sólo el desempeño económico de los países hispanoamericanos no pudo exhibir por esos años ningún éxito comparable al brasileño. Por añadidura, la agudización creciente de las crisis políticas que siguieron azotando a tantos de esos países culminó en los del Cono Sur en la instauración de un terrorismo de estado que en la Argentina y Chile alcanzó niveles que antes nadie había imaginado posibles y encontró eco atenuado en el Uruguay. Es entonces comprensible que quienes vivieron o contemplaron esa etapa latinoamericana desde la específica perspectiva de esas tres naciones sureñas estuvieran ya menos inclinados a centrar el problema de la brecha en su dimensión económica. De ello dio testimonio en 1980 *The Centralist Tradition of Latin America*⁵⁷, donde el chileno Claudio Véliz retomaba la tradición del gran ensayo de interpretación de la entera experiencia histórica iberoamericana, ilustrado en tiempos ya remotos por Bunge y García Calderón, en busca de la clave para la extrema degradación de la vida política sufrida por países que al abrirse el siglo XX habían parecido destinados a retener firmemente el lugar que ocupaban en la vanguardia de los progresos institucionales iberoamericanos.

Para Véliz, precisamente porque los del Cono Sur habían avanzado más en la adopción de un marco institucional que les era tan ajeno como a las demás naciones neo-ibéricas, a las que proclamaba dotadas de un código genético que llevaba indeleblemente grabada la opción por el centralismo, estaban de nuevo en la vanguardia en una etapa en que el entero subcontinente atravesaba la resaca legada por la frustrada década de decisiones, que sólo en ellos condujo a una inequívoca

⁵⁷ Princeton, Princeton University Press, 1980.

recaída en la barbarie. Por fortuna –agregaba aquí Véliz- mientras esa experiencia sobrecogedora había probado de modo irrefutable que en Iberoamérica es imposible construir nada estable si no es sobre la base de esa opción centralista, México seguía ofreciendo el más convincente ejemplo de cómo era en cambio perfectamente posible construir sobre esa base un orden político dotado de envidiable solidez e infinitamente más tolerable que los que en ese momento afligían a los países sureños.

Pero decididamente el futuro no se iba a mostrar benévolo con proyectos que, como el de Véliz, se proponían descubrir invariantes en un mundo y una región en vertiginosa transformación. En efecto, no fueron necesarios demasiados años para que sus previsiones fueran puntualmente desmentidas por un inesperado vuelco de la historia universal, que colocó a la democracia representativa basada en el principio de soberanía popular aún más cerca de conquistar el monopolio de la legitimidad política a escala planetaria de lo que se había hallado en vísperas de la era de turbulencias abierta por la primera Gran Guerra. Al finalizar el siglo, luego de que –restaurado ya ese régimen en el Cono Sur-, el fin de una lentísima transición política volcara en el cauce ahora dominante la experiencia que había avanzado hasta entonces en México bajo el signo de la revolución institucional, se hizo difícil no concluir que Véliz había derrochado su saber e ingenio en un esfuerzo por dar solución a un problema que acababa de resolverse solo.

El fin de la Guerra Fría: nuevas claves para interpretar la problemática de la brecha

Con ello, la dimensión política de la problemática de la brecha cedió a la económica el primer plano que fugazmente había venido a ocupar. Sin embargo, al recuperar la economía el lugar central se hizo de inmediato evidente que las radicales transformaciones que habían hecho súbitamente inactuales a los planteos de Véliz socavaban también los supuestos en que implícita o explícitamente se había venido apoyando la entera problemática de la brecha. Desde que en 1989-91 el derrumbe del “mundo socialista” anunció el ingreso en una nueva etapa histórica, el sucederse de inesperadas novedades que no parecen seguir ningún preciso rumbo de avance intensificó el escepticismo que ya habían comenzado a inspirar las grandes narrativas históricas que aspiran a ofrecer una unificada clave interpretativa para períodos extensos (y en el límite para la entera trayectoria de la humanidad). Ello no podía sino inspirar nuevas dudas acerca de una empresa que nunca había renunciado a su

ambición originaria de construir una narrativa de la entera experiencia histórica hispanoamericana, capaz de aclarar los enigmas planteados por el recurrente fracaso de los esfuerzos de la América neo-ibérica por emular el éxito de la neo-británica.

Pero esas novedades afectaban también de manera más directa algunos de los supuestos en que se había sustentado la problemática de la brecha desde su origen. Se ha visto ya de qué modo fue variando a partir de ese momento originario la visión de esos Estados Unidos con quienes había tocado a los iberoamericanos compartir el Nuevo Mundo: primero Iberoamérica reconoció en ellos a más aprovechados discípulos de Europa, luego al crisol en que se estaba forjando un modelo alternativo al que esa misma Europa podía ofrecer, y después todavía a la gigantesca vanguardia de un proceso modernizador destinado a transformar bajo su signo al entero planeta, pero que sólo en ellos estaba ya cercano a completarse. Pero antes de que los acontecimientos de 1989-91 marcaran un decisivo punto de inflexión en la historia mundial había ya en los mismos Estados Unidos quienes comenzaban a reflexionar sobre la trayectoria histórica de ese país desde una perspectiva irreconciliablemente distinta de la que había subteridido la reflexión iberoamericana acerca de la brecha.

El eco que en 1987 encontró el libro que Paul Kennedy dedicó a explorar el ascenso y caída de las grandes potencias entre 1500 y 2000⁵⁸ anticipó la mutación que el giro de 1989-91 haría evidente para todos. Y ello no tanto porque caracterizara a los problemas que afrontaban en ese momento los Estados Unidos como los propios de un número uno que había entrado en una etapa de declinación relativa, sino más aún porque en la visión de Kennedy los rasgos de la experiencia histórica norteamericana que habían hecho de esos Estados Unidos, en la fórmula de S.M. Lipset, “*the first new nation*”⁵⁹, parecían ya menos relevantes que su trayectoria en la escena mundial⁶⁰. Esta última repetía las de las potencias que los habían precedido en el papel de “número uno”, a partir de las regidas por la dinastía de Habsburgo. En efecto, los rasgos que esas trayectorias tenían en común le permitían concluir que los problemas

⁵⁸ Paul Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*, New York, Random House, 1937.

⁵⁹ Seymour M. Lipset, *The First New Nation: the United States in Political and Comparative Perspective*, New York, Basic Books, 1963.

⁶⁰ Cabe señalar que estos rasgos, a la vez, eran los que habían atraído sobre ellos la atención tanto de Bolívar como de Sarmiento, Rodó o Mariátegui.

que estaba comenzando a afrontar los Estados Unidos eran los esperables de una potencia hegemónica que había entrado en una etapa de declinación relativa.

Mientras la problemática de la brecha había buscado la clave del desempeño divergente de ambas Américas en el modo distinto con que habían afrontado los desafíos de la modernización, Kennedy retorna a la muy distinta problemática que desde hace más de dos milenios viene inspirando la indagación del ascenso y caída de los imperios. En el redescubrimiento de esa perspectiva arcaica, que de pronto vuelve a parecer más adecuada que las predominantes hasta la víspera, no es difícil descubrir un signo sin duda menor del tránsito a una nueva etapa histórica que a falta de mejor nombre se ha dado en llamar posmoderna.

La problemática de la brecha no encontraría fácil sobrevivir intocada al avance del nuevo clima de ideas y sensibilidades en el que se refleja un radical cambio de época. Aún más difícil, le resultaría sobrevivir a las nuevas modalidades que el proceso de desarrollo económico ha comenzado a desplegar a partir de esa transición. En el marco de la modernidad, el escenario que enmarcaba ese proceso no había cesado de ensancharse, desde que Sarmiento le asignara como protagonistas a dos empresas rivales de colonización del nuevo mundo, hasta que un siglo largo más tarde Prebisch lo extendiera al entero planeta. Al comienzo como al final, el argumento que se desenvolvía en ese teatro cada vez más vasto se organizaba en torno a la confrontación entre un sujeto colectivo (ya fuese éste los Estados Unidos o el Primer Mundo) que había descubierto el secreto del desarrollo económico y otro (primero Iberoamérica, luego el Tercer Mundo) que ansiaba desesperadamente compartirlo.

Por un instante fugaz pareció que el giro de 1989-91 había venido a reforzar la vigencia de esa versión de la problemática del desarrollo. A ello invitaba a concluir inesperado derrumbe del movimiento revolucionario que desde 1949 llegó a dominar a un tercio del planeta, y que bajo el signo del socialismo había buscado abrir un camino hacia el futuro alternativo del que Sarmiento después de Tocqueville había visto encarnado en los Estados Unidos. Sin embargo, bastaron pocos años para que la conclusión que entonces pudo parecer obvia, según la cual el sobrecogedor espectáculo al que el mundo acababa de asistir lo impulsaría a seguir los pasos del vencedor de la Guerra Fría, y cruzar con él el umbral de una nueva era en que ese futuro se trocaría en un eterno presente, dejara paso a pronósticos mucho más sobrios.

Cuando se abrió ese decisivo giro de la historia universal, Iberoamérica estaba atravesando uno de los momentos más decepcionantes en su larga búsqueda del

secreto del desarrollo económico, y ello era motivo suficiente para que los problemas evocados en la temática de la brecha se hicieran sentir con renovada urgencia. A la vez, las modalidades de ese giro, que parecían disipar toda duda acerca de la validez del modelo de desarrollo que acababa de recibir el más clamoroso veredicto favorable de la historia universal, contribuyen a explicar el entusiasmo con que, desde México a la Argentina, tantos países iberoamericanos decidieron resolver de una vez por todas esa problemática ya más que secular haciendo suyos los principios del llamado consenso de Washington. Como es sabido, aun donde no terminaron en catástrofe, las experiencias lanzadas bajo ese signo estuvieron lejos de cumplir sus promesas iniciales, pero no fue ésa la razón más importante para que luego de esa dura decepción la problemática de la brecha no pudiera volver a plantearse en Iberoamérica en sus términos originarios.

Más influyó en este punto que, una vez dejada atrás la Guerra Fría, y desalojado, por lo tanto, del centro de la escena el contraste entre el camino de desarrollo capitalista y el alternativo que proponía el socialismo, las peculiaridades propias de las variadas experiencias que comparten el marco del capitalismo pasaron a dominar esta problemática. Un tema al que, por cierto, había comenzado a prestarse creciente atención antes de que el capitalismo cerrase victoriosamente la Guerra Fría (así, en la década de 1980 no faltaron en los Estados Unidos quienes concluyesen que el mayor desafío a su primacía económica no provenía del bloque soviético, cada vez más hundido en el estancamiento, sino del Japón).

Desde la perspectiva de la primera potencia política, militar y económica del planeta, el descubrimiento de la presencia dentro del marco capitalista de una pluralidad de caminos de desarrollo tiene por consecuencia la intensificación de las dudas acerca del propio futuro, que no era difícil leer en filigrana en los planteos adelantados por Paul Kennedy en 1987. Desde Iberoamérica, ese mismo descubrimiento inspiraba inquietudes no menos desazonantes, aunque desde luego distintas de las que suscitaba en la otra América.

El corolario del descubrimiento de esa pluralidad, que aparece más relevante desde una perspectiva iberoamericana, es que las experiencias acumuladas en la segunda mitad del siglo XX muestran, contra lo que postulaba la versión extrema de la teoría de la dependencia que articuló André Gunder Frank, que la frontera entre periferia y centro del mundo capitalista no es infranqueable. También que hay quienes vienen cruzándola con más éxito que aun las más exitosas naciones

iberoamericanas. Así, comienza a esbozarse una nueva versión de la problemática de la brecha, en que la atención no se concentra en lo que Iberoamérica tiene en común con el resto del llamado Tercer Mundo, sino en los rasgos que la distinguen dentro de éste. Entre ellos, y en primer término, una distribución del ingreso aún más desigual que la del África sub-sahariana, mientras Corea del Sur y Taiwan comienzan a reemplazar a los Estados Unidos como término de comparación y, a la vez, como objeto de emulación para Iberoamérica.

Pero no es seguro que la nueva versión de la problemática de la brecha que en esbozo ha comenzado a gravitar sobre los debates originados por el fracaso de las experiencias lanzadas bajo el signo del consenso de Washington esté destinada a alcanzar la madurez⁶¹, en un contexto en que las vicisitudes económicas atravesadas por los llamados tigres asiáticos gravitan mucho menos que los frenéticos avances que viene acumulando desde hace un cuarto de siglo, y en una escala incomparablemente más vasta, la economía china. ¿Qué enseñanzas válidas puede en efecto deducir Iberoamérica de los éxitos acumulados hasta ahora por un gigantesco experimento que -sin repudiar su meta originaria, que era y sigue siendo la construcción de un orden socialista- ha logrado hacer del antiguo Imperio del Centro el foco más dinámico del orden económico capitalista que no ha renunciado a abolir, y cuando, por añadidura, es demasiado pronto para formular un pronóstico sólido sobre el curso futuro de esa desafortunada empresa? Y la dificultad de hacerlo viene a confirmar que el giro de 1989-91 marcó un punto de inflexión en la historia universal que no afectó tan sólo al destino del experimento socialista. En consecuencia, –desvanecidos sin reemplazo los términos de referencia que habían subtendido por más de un siglo la problemática de la brecha- por el momento (un momento que puede ser largo) las reflexiones que a tantos inspiró el espectáculo siempre sobrecogedor que ofrece la caída de los imperios, desde el profeta Daniel hasta el profesor Kennedy, pueden ofrecer una mejor guía para entender el mundo en torno, y el lugar que dentro de él toca a Iberoamérica.

⁶¹ Ver ahora sobre esto los penetrantes comentarios de John Coatsworth en “Structures, Endowments and Institutions in the Economic History of Latin America”, *Latin American Research Review*, vol. 40, 3, 2005